



DAMASCO.—Muralla cerca de la puerta de San Pablo.

DAMASCO.

XI.

LA PUERTA DE SAN PABLO.

DESPUES de haber procurado determinar el lugar de la caída y conversión de san Pablo (1), creo complacer á los lectores de *Las Misiones católicas* haciendo un estudio especial acerca todo lo que se refiere á su doble permanencia en Damasco: la puerta que ha recibido su nombre *Bat-Bulos* (puerta de Pablo); la Derecha (*vicus rectus*), mencionada en los Hechos de los Apóstoles á propósito de san Ananías, á quien el mismo Jesucristo encargó lo bautizase, y por último la casa de Judas, de Tarso, que le dió hospitalidad.

La puerta de San Pablo la llama así la tradición cristiana por dos razones que se me permitirá justificar. Primero porque el Apóstol de las gentes entró en Damasco por esta puerta, y luego porque los fieles de esta ciudad, queriendo librar al nuevo convertido del

furor de los judíos, lo hicieron evadir por encima de esta misma puerta, bajándolo de noche hasta el suelo por medio de un cesto.

I. El primer motivo se apoya no sólo en una tradición constante, sino también en la disposición natural de los lugares.

Esta puerta, que mira á Mediodía, es la más próxima al lugar donde el Apóstol fué milagrosamente derribado del caballo. Por ella hubiera entrado en Damasco aún cuando la luz celeste no le hubiese cegado, obligando á sus compañeros de viaje á llevarlo por la mano hasta la ciudad: *Ad manus autem illum trahentes, introduxerunt Damascum*. (Act. ix, 8). Y ¿cómo después de la caída no hubieran tomado el camino más corto, para procurar á su compañero un albergue donde pudiese encontrar reposo y recibir los cuidados que reclamaba su triste situación? Hay derecho, pues, para afirmar que hicieron su entrada en Damasco por la puerta que nos ocupa.

Añádase que estos viajeros, algunos de los cuales conocían ya sin duda á Damasco, se dirigían á una casa situada en la calle Derecha: *In vicum qui vocatur*

(1) Véanse las páginas 4 y 33 del tomo III.

rectus. (Act. xi, 11). Ahora bien, el camino que terminaba en la sobredicha puerta era notablemente el más corto para llegar á la calle y casa sobredichas.

La parte del camino cerca de la puerta de San Pablo no tiene hoy la anchura de una vía romana, tal como era la seguida por Saulo, yendo de Jerusalem á Damasco. Pero esta reduccion sucesiva, en una longitud de treinta ó cuarenta metros, es el resultado de usurpaciones que la codicia inspiró á los propietarios de las huertas vecinas, y debe ser posterior á la orden emanada de no sé qué gobernador árabe ó turco de hacer impracticable, tapiándola, una puerta que tenia el pecado de recordar un suceso cristiano. No sería imposible que un fanático musulman se hubiese lisonjeado de hacer desaparecer el nombre odiado de Pablo haciendo tapiar esta entrada y suprimiendo la calle á la que correspondía. Sin duda con el mismo objeto se grabó sobre esta misma puerta una inscripcion en gruesos caracteres árabes.

Sea como fuere, algunos viajeros protestantes toman pretexto de la inscripcion para negar la antigüedad de la puerta y arrebatarle así el glorioso nombre que la tradicion le adjudica. Mas quien prueba demasiado no prueba nada. De la argumentacion de estos viajeros se seguiria que la puerta llamada *Al-bab-el-Marki* (la puerta Oriental) tampoco tiene la antigüedad que todo concurre á asegurarle. Hablo de la triple puerta que en otro tiempo daba entrada á la calle Derecha, y no de la cuarta puerta que marca hoy la única de las tres antiguas que no ha sido tapiada. Ahora bien, esta última, que se remonta á los mejores tiempos del poder romano, presenta tambien en su interior una inscripcion árabe. ¿Se sacará, pues, de ahí que esta puerta y sus dos compañeras son una obra árabe? Esto sería simplemente absurdo. De consiguiente, hay que concluir que la inscripcion fué grabada ó empotrada posteriormente como para establecer la posesion de los conquistadores árabes. Pero entonces, ¿por qué no establecer la misma consecuencia en la inscripcion de la puerta de San Pablo? A mi parecer hay paridad, y la conclusion debe ser la misma.

A este propósito el Ilmo. Mislin ha hecho, en su magnífica obra de los *Saints-Lieux*, la declaracion siguiente, á la que tengo el gusto de adherirme: «Porque hay una inscripcion árabe bastante moderna, en este mismo lugar... ciertos autores protestantes se creen con derecho para burlarse de esta tradicion. Por mi parte, acepto buenamente todas las zumbas que quieran hacerse de mi sencillez, y tanto como pueda seguiré las tradiciones locales que, si bien los católicos no las tomamos como artículos de fe, llenan de encantos é interés las comarcas que uno recorre, despiertan más vivamente el recuerdo de los santos personajes cuyos vestigios se buscan, y siempre, cuando se les estudia de cerca, se acaba por encontrar más razonables que la sistemática duda y la soberbia ironía (1).» Ciertamente, los hombres que se glorian de borrar de una plumada, de la doctrina de Jesucristo, todas las tradiciones apostólicas, y de no admitir nada fuera de los libros del Nuevo Testamento que les place reconocer por inspirados, deben hacer poco caso de las tradiciones puramente humanas relativas á los monumentos de la antigüedad cristiana. Esto mismo quita toda au-

toridad á su testimonio en semejante materia, y nos confiere el derecho de recusar su juicio.

El P. Francisco de Perinaldo atestigua y mantiene altamente la tradicion que une el recuerdo de san Pablo á esta puerta y le aplica su nombre.

II.—Voy á hablar de la segunda razon que le ha valido á la puerta de San Pablo su gloriosa denominacion: por encima de esta puerta fué bajado el Apóstol en un cesto, y sustraído al furor de los judíos que perseguian en él á un tráfuga y á un adversario formidable de su religion.

Notemos primero que la huida de san Pablo se refiere á una segunda permanencia del Apóstol en Damasco, permanencia posterior de tres años á la época de su conversion. En este intervalo visitó la Arabia, como lo atestigua en su epístola á los Gálatas (c. 1, 17). Despues de haber hablado de su vocacion al Evangelio y al apostolado, añade: «No fuí á Jerusalem, con los Apóstoles mis predecesores, sino que me dirigí á la Arabia, de donde volví á Damasco.» Créese que no traspasó la Arabia superior, en otro tiempo llamada Arabia romana y que forma hoy la parte occidental del Hauran, para no decir el Hauran entero. Aunque san Lucas nada dice de los trabajos de san Pablo en aquella comarca, no es de creer que un hombre de la actividad y del celo del Apóstol hubiese podido pasar allí tres largos años sin anunciar á Jesucristo, sin desarrollar los gérmenes de fe que se llevaron los árabes presentes á la predicacion de san Pedro, en Jerusalem, el día de Pentecostes. Y si entre los oyentes del Príncipe de los Apóstoles, ascendieron á tres mil los que pidieron y recibieron el bautismo, ¿cómo no admitir que en el número de los recién convertidos hubiese algunos árabes, que no dejarían de referir en su país lo que habían visto y oído en Jerusalem?

Contra las dos permanencias de san Pablo en Damasco puede objetarse el silencio de los Hechos de los Apóstoles respecto á la segunda, que es precisamente á la que fijamos la evasion del Santo. Los Hechos refieren esta evasion inmediatamente despues del relato de la conversion de Saulo el perseguidor. Pero, considerando más y más el texto, se advierte que el historiador sagrado deja lugar, entre estos dos acontecimientos, al viaje de san Pablo á Arabia. Efectivamente, despues de referir en detalle la conversion del Apóstol, parece hacer una pausa escribiendo: «Transcurridos muchos días, los judíos tuvieron consejo con objeto de quitarle la vida. (Act. ix, 23).» Esta expresion: «Muchos días:» *Dies multi*, ¿no insinúa acaso que los hechos expuestos despues del versículo 23 no siguieron inmediatamente á aquellos cuyo relato precede á este versículo? A la verdad repugna aplicar esta expresion á la primera permanencia de san Pablo en Damasco. La irritacion que excitó, entre los judíos de esta ciudad, la conversion de Saulo al Cristianismo que venia á combatir, y más aún, el celo con que aquel que sólo era á sus ojos un vil apóstata, se desencadenaba contra su religion, en sus propias sinagogas, esta irritacion, naturalmente secundada por la autoridad pagana, no pudo esperar «muchos días» para estallar. La posición crítica en que se encontraba el nuevo Apóstol de Jesucristo, debió obligarle á abreviar su primera permanencia. Era bastante prudente y caritativo para que expusiera á la venganza de los judíos la naciente iglesia de Damasco. Cediendo á la tempestad, abandonó sin ruido la ciudad y tomó el camino de la Arabia.

(1) *Les Saints-Lieux*, t. I, p. 480.

Bajo este supuesto la expresión «muchos días» no tiene un sentido razonable sino aplicándola á una segunda permanencia de san Pablo en Damasco. Y ya que san Lucas pone un intervalo considerable de tiempo entre la conversión del Apóstol y su evasión de Damasco, está claro que este último acontecimiento no pudo tener lugar sino en la época de su segunda permanencia, que él mismo menciona en su epístola á los Gálatas.

Mas esto no suelta la dificultad. Lo difícil es explicar, cómo les pudo ocurrir á los fieles de Damasco la idea de hacer evadir á san Pablo por encima de las puertas de la ciudad, cuando no ignoraban que sus enemigos custodiaban día y noche todas las puertas, como nos lo dice san Lucas en el versículo 24 del mismo cap. ix de los Hechos de los Apóstoles.

Felizmente la misma tradición, que indica este lugar como el de la evasión de san Pablo, nos da también el medio de resolver la dificultad, pues afirma que entre los centinelas que vigilaban esta puerta se encontraba un soldado abisinio que había abrazado el Cristianismo. Los fieles, que preparaban la evasión nocturna de san Pablo, no descuidaron comunicar á este correligionario su secreto, y reclamar su ayuda para la ejecución del designio. Asegurado el concurso, fué fácil introducir furtivamente el Apóstol en una de las casas próximas á la puerta. Estoy persuadido que los cristianos de entonces, que se multiplicarían durante los tres años que san Pablo pasó en Arabia, habitaban, como los cristianos de hoy, esta parte de la ciudad. La diferencia de religion, y el odio especial que el Cristianismo, desde su origen, ha tenido el privilegio de inspirar á todas las sectas, han obligado siempre á los cristianos á vivir separados de los sectarios de toda otra religion y á fortalecerse en su aislamiento agrupándose.

Respecto á la elección del lugar, se explica por las facilidades que ofrecía para una evasión. Las puertas de Damasco estaban coronadas por una de esas aberturas verticales á las que se da el nombre de buhardas, y que practicadas en las galerías salientes de las antiguas fortificaciones, servían para defender el pié de la muralla ó el acceso de las puertas. Esto explica la palabra «ventana» que emplea san Pablo para designar el lugar por el que fué bajado á tierra. San Lucas dice simplemente que san Pablo fué bajado por el muro, *per murum descenderunt eum* (Act. ix, 25). Mas, en su segunda epístola á los Corintios, el Apóstol dice formalmente: *Et per fenestram in sporta demissus sum* (ii, 33). ¿Qué debe entenderse aquí por la expresión *fenestram*? Nunca fué permitido á los simples particulares abrir ventanas en las murallas de una ciudad para su sola comodidad. Toda abertura practicada en las fortificaciones tenía un objeto de defensa, y se reducían á saeteras, almenas y buhardas. Ahora bien, la expresión *fenestram* no puede evidentemente aplicarse á una almena, ni tampoco á una saetera, harto estrecha para dar paso á un hombre. Por consiguiente debe aplicarse á una buharda, especie de abertura que responde suficientemente al sentido general de la voz latina *fenestram*, tanto más cuanto la buharda servía también para dar luz al recinto en que se colocaban los soldados que debían lanzar sus saetas.

Así el P. Francisco de Perinaldo menciona la existencia de una buharda sobre la puerta de San Pablo, y afirma que la evasión del Apóstol se efectuó por esta abertura. Sin embargo, este respetable escritor tampoco

vió la sobredicha buharda, ni tuvo noticia de ella sino por la tradición. Según un prelado oriental, nacido en Damasco y que reside allí hace muchos años, la destrucción de la buharda de la puerta de San Pablo es posterior á los sangrientos sucesos de 1860. Después de esta fecha un bajá, gobernador de Damasco, habiendo recibido orden de edificar un cuartel, á la entrada del barrio cristiano, autorizó al contratista para demoler la parte superior de la puerta y aprovechar algunas de sus magníficas piedras de sillería.

Se me dispensará que haya insistido sobre este punto, en gracia de las consecuencias que puedo sacar de él. No es dudoso que san Pablo tomase, al evadirse de Damasco, el camino de Jerusalem (1). Naturalmente debió escoger, para efectuar su fuga, el punto de la muralla más próximo al camino. Ahora bien, este punto era precisamente el lugar de que hablamos, toda vez que el camino de Jerusalem conducía directamente á la puerta del Mediodía. Añádase que la buharda, cuya existencia sobre esta misma puerta hemos certificado, ofrecía especiales facilidades para la proyectada evasión.

1.º La buharda era notablemente menos elevada que las murallas. La puerta de San Pablo apenas tiene tres metros de altura; suponiendo la buharda á uno ó dos metros más arriba, lo tenemos á cinco metros sobre el nivel del suelo (2). Las murallas debían tener una altura casi doble, como lo indican aún las partes que han sufrido menos las injurias del tiempo y el vandalismo de los turcos.

2.º Era materialmente más fácil llegar á esa buharda, á la que conducía una escalera interior, que subir á las murallas, aún admitiendo la existencia de un pasillo debajo de las almenas.

3.º En la contingencia de que la evasión de san Pablo fuese descubierta, era necesario que el fugitivo pudiese fácilmente encontrar un abrigo y sustraerse á toda persecución. Pues bien, desde la puerta de San Pablo hasta las huertas que atraviesan el camino de Jerusalem sólo hay algunos pasos, y poco le hubiera costado al Apóstol hacerse invisible ocultándose bajo un árbol en la oscuridad de la noche. Y demuestra que esta eventualidad estaba prevista, el que San Pablo juzgó prudente ocultarse muy cerca de allí, en un sótano afectando la forma de puente, que se ve aún en el cementerio cristiano (3).

Nada al parecer era más propio para burlar la vigilancia de los soldados y judíos, que custodiaban día y noche la puerta, que el audaz designio de servirse de la buharda para efectuar la evasión. Una vez cerrada sólidamente la puerta, los guardas, contando en la fuerza de los cerrojos y seguros de despertar al menor ruido, poco resistirían á la tentación del sueño. El centinela de servicio podía ser el soldado abisinio, puesto en el secreto y cómplice de la evasión.

Y además, ¿no ha de concederse aquí intervención alguna á la divina Providencia? Esta, no cabe duda, velaba solícita sobre ese «vaso de elección», que destinaba «á llevar el nombre de Jesucristo» delante los pueblos, los reyes y los hijos de Israel. Recuérdese el pro-

(1) *Vie de saint Paul*, por el Rdo. Neveux, p. 53.

(2) Hoy existe un foso de un metro de profundidad, que separa el camino de ronda del umbral de la puerta de San Pablo; mas este foso es de fecha reciente.

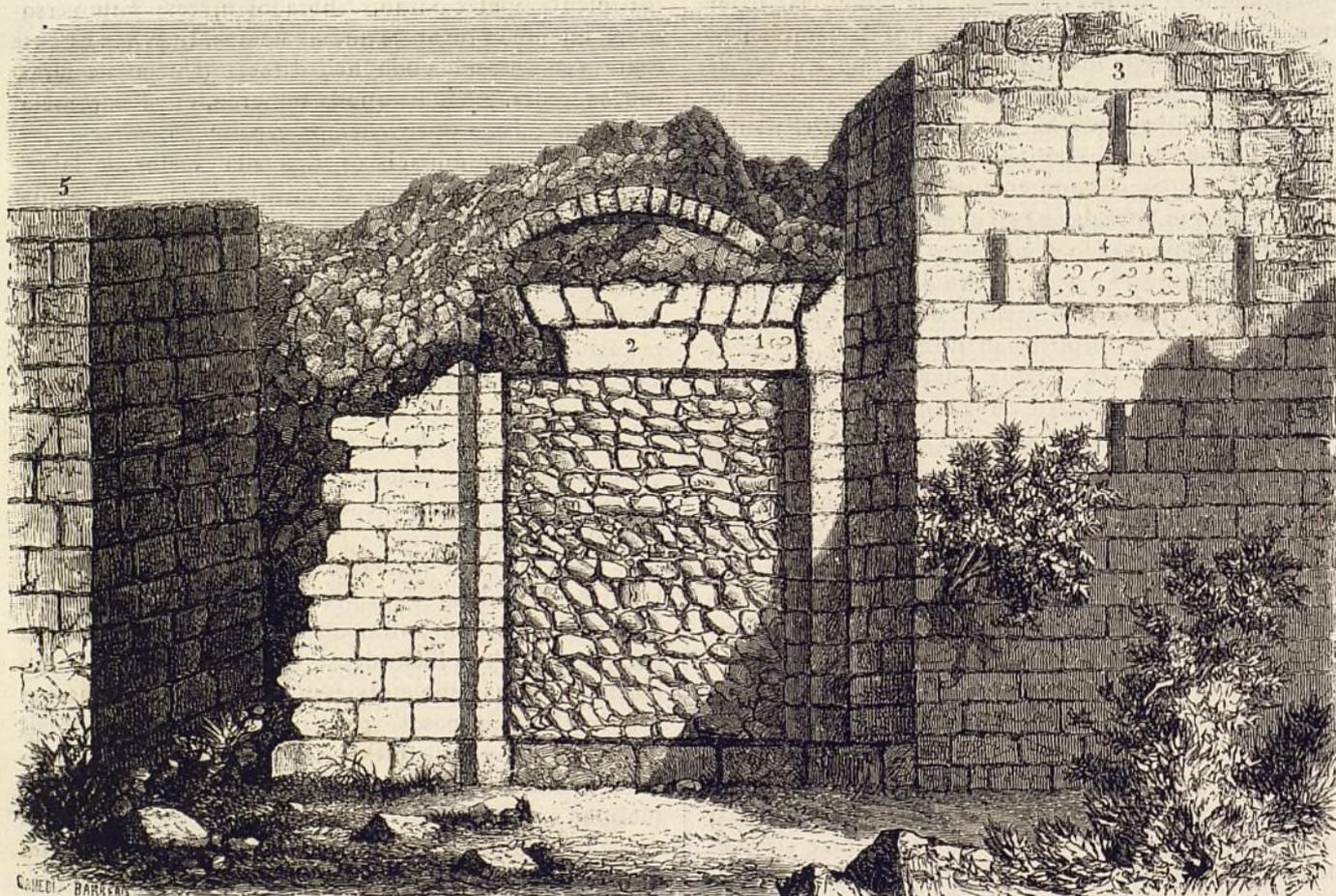
(3) Véase el grabado de la pág. 5 del tomo III (n.º 3 de la leyenda).

digio por el que Dios libertó á san Pedro de la cárcel en que le puso el odio de los judíos de Jerusalem, y se encontrará muy sencillo que el cielo favoreciera el buen resultado de los medios naturales empleados por los fieles de Damasco para poner á cubierto la preciosa vida del futuro apóstol de las naciones.

He insinuado ya que el P. Francisco de Perinaldo acepta sin reserva la antigua tradición que me esforcé por justificar mostrando que es muy razonable. Réstame invocar, en apoyo de esta misma tradición, la respetabilísima autoridad del sabio autor de los *Saints Lieux*. Léase lo que dice: «No lejos de la puerta de que he hablado (la llamada Al-bab-ol-charki) se muestra el punto de las fortificaciones en que los discípulos baja-

ron á san Pablo durante la noche por la muralla, en un cesto, para sustraerle al furor de los judíos (1).» Esta designación parecerá tal vez un poco vaga, pero es precisada por la cita de la inscripción árabe antes referida. Esta inscripción se encuentra precisamente en la puerta de San Pablo. El Ilmo. Mislin, mencionándola luego despues de haber hablado del lugar por el que se evadió san Pablo, y negando que pueda debilitar la autoridad de la tradición cristiana que se refiere á la repetida puerta, reconoce que fué aquel el lugar de la evasión.

Concluyamos. Sin motivo los autores protestantes han combatido la antigüedad de la puerta de San Pablo para arrebatárle el nombre con que ha sido honrada y



DAMASCO.—Puerta de San Pablo.

1. Inscripción árabe dividida en dos fragmentos, el primero representado por el n.º 1, y el otro, que ocupaba el lado opuesto, está derribado.—2. Puerta de San Pablo en su estado actual.—3. Grande torre cuadrada, que servía probablemente para defender los alrededores de la puerta; el grabado sólo representa la mitad de lo ancho de la puerta.—4. Otra inscripción árabe.—5. Continuación del muro de cerca.

para zapar por su base la tradición cristiana que á ella se refiere; y con perfecto derecho, por consiguiente, le conservamos esta denominación, y con ella la interesante y venerable tradición que se le ha señalado.

MESOPOTAMIA.

Carta del Rdo. J. Farage, párroco de Tell-Armen.

Tell-Armen, 15 de enero de 1883.

DERMITIDME OS comunique algunas noticias de nuestro país bajo el punto de vista espiritual y político.

Toda la region vecina de Diarbekir, de Mardin y de Orfa sería fertilísima en Misiones si no fuere

la insuficiencia de escuelas católicas. En tres ciudades tenemos algunos excelentes Padres capuchinos; pero faltos de recursos, su ministerio queda paralizado.

A costa de grandes sacrificios han podido hacer venir Hermanas de Europa, las que hacen un bien inmenso, á pesar de los obstáculos de todo género que tienen que

(1) Tom. I, pág. 479-480. Nos parece que el Ilmo. Mislin confundió los nombres de tres puertas diferentes. Designa la puerta Oriental con el nombre de Al-bab-ol-charki, que es verdaderamente el suyo, y con los nombres de puerta de San Pablo y de Bab-Duma (ó mejor *tuma*). Ahora bien, la puerta de San Pablo, de la que nos hemos ocupado en este estudio, dista quince minutos de la puerta Oriental. Bab-tuma está á igual distancia de la misma puerta, pero en una dirección opuesta, esto es, al lado de Poniente.

vencer. Gracias á ellas, las niñas y mujeres de Mardin sobrepujarán en breve á los niños y hombres en instrucción y cultura.

Entre tanto los protestantes ingleses ó americanos hacen rápidos progresos. Establecen escuelas en las ciudades y pueblos, y si pronto no nos llegan abundantes recursos, se acabará de perder este desventurado país.

No obstante, Dios en su misericordia infinita ha recompensado con recientes conversiones los esfuerzos de algunos celosos sacerdotes. Véase lo que me escribía, el 18 de diciembre último, el Ilmo. Mateo Ahmasdannon, vicario general del patriarca siríaco-católico de Mardin:

«Recientemente hemos convertido en el pueblo de Benebil, á dos leguas de Mardin, ocho familias jacobitas, y á ocho leguas de esta misma ciudad, otras cuatro familias en el pueblo de Quellesse. Además, en los alrededores del barrio de Mediathe (centro del jacobitismo) hemos convertido al Catolicismo veinte y cinco familias de jacobitas, y esto en un pueblo llamado Arban. En Caffarré, cerca también de Mediathe, acabamos de recibir en el seno de la Iglesia á treinta familias jacobitas. No lejos de la ciudad de Geziret, junto al Tigris, en la populosa villa de Medoh, hemos admitido á la unidad más de cuarenta familias, y otras cuatro en Gaullié. Tenemos fundadas esperanzas de convertir muchas más.»

No sin gran consuelo he podido yo mismo volver al buen redil á cuatro personas de Muche y á cinco del pueblo de Mansurieh, inmediato á Mardin. Esperamos con anhelo la hora en que Dios se compadezca de estas almas sencillas é ignorantes que vegetan en el cisma inconscientemente.

Dentro los muros de Diarbekir, sin contar los pueblos de los alrededores, hay más de tres mil familias de armenios gregorianos, y á veinte leguas de esta ciudad hácia el Nordeste, en la llanura de Tachede de Diarbekir, se encuentra un populoso barrio, restos de una antigua ciudad llamada actualmente Farquine. Al redor de este barrio se cuentan cerca de doscientos pueblos de armenios gregorianos, todos enteramente abandonados. Repetidas veces han pedido sacerdotes católicos, y nadie ha contestado á su llamamiento. El Ilmo. Lion abriga el proyecto de enviar allí algunos Padres dominicos.

En el interior de la ciudad de Orfa (Edesa), antiguo reino de los valerosos Cruzados, se encuentran más de tres mil familias de armenios gregorianos, y los protestantes causan allí muchos estragos.

En el citado barrio de Mediathe, á tres jornadas al Nordeste de Mardin, hay cerca de mil quinientas familias jacobitas, y en sus alrededores cerca de trescientos pueblos de la misma secta. Los protestantes se han apoderado de esas infelices comarcas, sembrando en ellas su pérfida doctrina.

Parte el alma ver los progresos del protestantismo. No creo haya ciudad, pueblo ó aldea de armenios, jacobitas ó nestorianos en toda la extensión de la Mesopotamia, del Kurdistan y aún de la Armenia y de la Siria, donde no hayan puesto el pié los protestantes evangelistas, ganando partidarios á su secta con el oro y los manejos de que se valen.

Han hecho esfuerzos inauditos y dado grandes sumas de dinero para poder penetrar hasta nosotros en Tell-

Armen; pero gracias á Dios han fracasado todas sus intrigas.

Su Majestad el sultan Abd-ul-Hamid trabaja con teson en la reforma de su Imperio, y esperamos que Dios suscitará personas fieles para ayudarle en su laudable tarea.

Bastaría juzgar sin dilaciones é imponer severos castigos á algunos efendis, jeques y aghas (jefes de pueblos y tribus), y las reformas deseadas se obtendrían inmediatamente: creemos que se conseguirá esto...

En el momento en que escribo las presentes líneas, el famoso jeque Ubeidullah, que el año último asoló é incendió campos, ciudades y pueblos en las fronteras de Persia, acaba de pasar por Tell-Armen. Va escoltado por Camil-bajá, oficial del Sultan, y por un escuadrón de setenta jinetes Nizams (soldados turcos). Este personaje, enviado por Su Majestad Imperial, expresamente para esa misión, pudo finalmente, al cabo de cinco meses de trabajos y diligencia, prender al expresado jeque, y lo lleva cautivo á Constantinopla...

Ahora me permitiréis os diga algo acerca de la reconstrucción de la iglesia de Tell-Armen. Sabéis ya que esta iglesia es harto reducida para mi pueblo, que aumenta de día en día. No pudiendo ser ensanchada, nos hemos visto obligados á destruirla enteramente, para levantar otra sobre sus ruinas, que tendrá una sola nave de 27 metros de largo por 22 de ancho.

El delegado apostólico Ilmo. Lion, que había prometido ayudarme, no puede hacerlo como quisiera, pues su autoridad sólo se extiende á los siríacos y caldeos, pero no á los armenios.

Sobre mí, pues, gravita la mayor parte de esta carga. El Ilmo. Nazarian me ha entregado una suma de 10,500 piastras. He ajustado con los albañiles 15,000 por los solos trabajos de construcción. Corre de mi cuenta y de los habitantes: 1.º proporcionar toda la cal necesaria (5,000 piastras); el transporte lo hacen mis infelices parroquianos; 2.º todo el transporte de piedras tomadas en la montaña (por lo menos 5,000 piastras); 3.º toda el agua necesaria para la construcción; 4.º todos los restantes materiales, como madera, hierro, cristales, etc., debo comprarlos de un modo ú otro. De esta suerte tengo que encargarme de las tres cuartas partes de la construcción, cuidando los habitantes del transporte de la cal y piedra tallada.

Hace tres meses que hemos puesto manos á la obra: no siendo suficientes las bestias de carga, con el corazón partido de dolor he de presenciar como las mujeres y las jóvenes parten en grupos á la montaña, distante dos leguas á caballo, y traen en hombros gruesos sillares. El espíritu de fe, el deseo de ganar el cielo y la falta de dinero, han movido á esos seres débiles y delicados á consagrarse á tan penosa tarea.

Si me he atrevido á llevar adelante esta árdua empresa, ha sido para evitar el descontento del pueblo, pues los fieles aguardan hace veinte años la construcción de la iglesia. He creído, pues, que por amor de la paz y por la gloria de Dios debía asumir esta responsabilidad, en la esperanza de que, cuando tendrían conocimiento de mi penuria, los católicos de Occidente vendrán en mi auxilio. Tengo valor y confianza en Dios; sólo me faltan los recursos que este país sumamente exhausto no me puede dar...

FILIPINAS.

Carta del P. Saturnino Urios, de la Compañía de Jesús.

Con fecha 26 de febrero escriben de Manila al Rdo. P. Goberna, de la Compañía de Jesús, una carta interesantísima. Nos apresuramos á darla á nuestros lectores, á los que, conocedores como son de los grandes servicios que los esclarecidos hijos de san Ignacio prestan en todas las partes donde ejercen su influencia, pero principalmente en las apartadas regiones del Archipiélago filipino, no tenemos necesidad de encarecer su lectura, y sobre todo que atiendan como deben la voz de aquellos heróicos misioneros que no se dan tregua ni descanso por hacer fructificar entre los indios de Filipinas la benéfica semilla del Catolicismo. Estamos seguros que esta carta será leída con gusto, y que no dejarán de secundar la obra civilizadora de los apóstoles de la Compañía de Jesús en nuestras posesiones oceánicas.

Manila, 26 de febrero de 1883.

Rdo. P. Antonio Goberna:

Mi muy amado en Cristo Padre: Accidentalmente me encuentro en esta capital de un mes acá, y he tenido el consuelo de ver á los Padres recientemente llegados de estas tierras, que da gusto cómo se explican de tantas cosas como se suceden en todos conceptos en nuestra madre patria. Maravilla sería que yo acertara á explicarle con palabras todo lo que mi pecho siente cuando oigo á nuestros *pimpollos* de grandes brios y cabeza fresca, que así les llaman á los recién llegados acá, los que por llevar muchos años en este país son á su vez apellidados *aplatanados y sin memoria*: digo que no diera en el punto si me propusiera hacerle saber á V. R. lo que experimento al oírles, porque, con ser nuevos arribados, y porque traen tan exquisito espíritu, dicen unas cosas que ciertamente nos encantan, y pendientes de sus labios nos tienen muy buenos ratos, que es un alabar á Dios.

El buen P. Dalmases me ha pintado tan á lo vivo el entusiasmo que tienen ahí por nuestras Misiones VV. RR. y los amigos, que yo, por lo que á mí toca, me veo precisado á tomar la pluma para manifestar á V. R. el gran contento que tenemos de ver que Vds. no sólo se transportan acá en espíritu y afición á estas avanzadas de la milicia de Cristo, sino que saben inculcar tales sentimientos de amor y entusiasmo por estas Misiones que yo no dudo que es cosa de Dios. Y lo bueno es que así como la virtud dejaría de serlo, si nunca se redujera á actos, así, para que no se pueda decir que el amor de Vds. á este nuestro campo de batalla es infecundo, que no produce obras, lo saben hacer tan bien como lo dicen las edificantes cartas que nos escriben animándonos á la perseverancia, haciendo un distinguido aprecio de nuestros trabajos y prometiéndonos la ayuda fraternal y altamente caritativa de las buenas almas que fielmente con oraciones y penitencias recaban los auxilios de Dios nuestro Señor, de su Madre santísima la Virgen María, de san José y de todos los Santos.

Pero, mi reverendo Padre, no sería yo sincero sino que faltaría más bien á la verdad, si no dijera para edificación de todos lo mucho que V. R. nos ayuda con las limosnas que nos envía; y es, por mi fe, mi principal objeto al dirigirme á V. R. que en nombre de estas nuestras Misiones vaya V. R. de puerta en puerta dando las gracias con el cristianísimo y levantado modo con que nuestros antiguos las daban, diciendo á los buenos corazones nuestro clásico *Dios se lo pague*.

Mi *Dios se lo pague* al P. Goberna y á los buenos y caritativos corazones de tantos distinguidos católicos de

Barcelona es tanto más significativo, cuanto que es nada menos que el eco de 14,000 reducidos á la vida cristiana social española, que se deshacen de gratitud, y á su modo los pobrecillos me encargan que yo sea el fiel intérprete de tanto amor como ellos sienten en sus almas por esos caballeros mis amigos, porque lo son de V. R., y por esas señoras de tanto corazón como piedad.

¿No es verdad que Vds. al trabajar por nuestras Misiones tienen la mira de que el óbolo que nos envían sea de provecho y conveniencia á todos estos nuestros misionados, y que desean con ansia que les digamos qué tal sirvieron sus limosnas, y si llegaron acá, y en qué oportunidad?

Así lo pienso yo; y voy con gusto á satisfacer á V. R. y á todos nuestros favorecedores, diciéndoles que parece una bendición del cielo lo que estamos viendo que el Señor dispone en todo lo que concierne á nuestra Misión del Agúsan, donde se han invertido las limosnas de Barcelona, como yo las llamo.

Habíamos hecho cristianos á una multitud de manobos, que pertenecían á los pueblos de Gandía, Moncayo, Játiva, Gracia, Veruela y Patrocinio, enclavados en el alto Agúsan, y á fe que deseábamos con tanto mayor afán su conquista, cuanto que con ellos, á la par que aumentábamos las cristiandades respectivas, las consolidaba el mayor número.

Teníamos empeñada nuestra palabra de que así que los amigos de Barcelona enviaran sus limosnas, nosotros cumpliríamos lo prometido, que era regalarles algún vestido á los recién convertidos. Pasaban días y no nos llegaba nada; y nuestros cristianos nuevos esperaban los vestidos, diciéndonos que bien quisieran ellos deshacerse cuanto antes de sus harapos del monte, pero que siendo tan pobres y siendo caros los vestidos, y en cada casa tantos en número, no podían tener el gusto de verse cambiados de traje, como se veían por el Bautismo cambiados en otros hombres, como ellos firmemente lo creían. Yo me afligia y confiaba en san José, que es acá nuestra panacea en punto á esperarlo de él todo en los apuros; y, ¡oh cielos! ¡qué alegría me dieron los avisos de V. R. de que venía para las Misiones la grande provision recogida en Barcelona!

Nos tienen las limosnas de ahí muy agradablemente sorprendidos ya varias veces: siendo de notar que de todos los puntos de España donde residen algunos de los nuestros y donde tenemos amigos, ha sido siempre Barcelona la que más agradecidos nos tiene, ya por lo mucho que envía, ya porque parece que en recompensa quiere el cielo que sus limosnas nos saquen de atolladeros; que así merece llamarse el gran apuro en que nos vimos, en lo que digo antes. El hecho es que aquella dádiva nos facilitó camino para adelantar en la consolidación de los ya bautizados, y nos proporcionó nuevas conquistas.

Mientras repartíamos la ropa, les íbamos diciendo que se enviaba de España, y que había en Barcelona señoras y caballeros que sabían que ellos eran pobres; y que como por el Bautismo se habían hecho sus hermanos en Cristo, por esto ellos les enviaban la enhorabuena y aquel regalito.

No puede V. R. pensar luego de aquí como venían otras y otras cosas que ellos nos preguntaban, y como manifestaban su admiración de que así fueran regalados, sin ser conocidos por tan nobles señores, como son para estos indios todos los españoles.

Los niños y niñas con ocasion de los vestidos que les dábamos, que por estar ya cosidos y usados veíamos que pertenecian á niños despojados por sus mamás llevadas de la caridad de Cristo, nos hacian una lluvia de preguntas de cómo son los niños de España, y cómo se dejaban despojar de lo propio para enviarlo acá. En fin, P. Goberna, nadie mejor que V. R. podrá juzgar de lo que sea esto, porque yo temeria decir exageraciones; tales son los sentimientos que en mi ánimo levantan escenas de tanta ternura y de tanta significacion cristiana.

Ya nos tenian VV. rendidos de gratitud por las ocasiones pasadas, y ahora nos llegan los PP. Jacas y Dalmasas, que nos traen tan buenos recuerdos de Barcelona y Manresa, que no cabemos en nosotros de puro contento. Gracias á Dios que nos llena así de satisfaccion endulzando las amarguras de esta vida; pues como no se le ocultará á V. R., tiene alguna cosa de grande y misterioso á los ojos de Dios y de los hombres de bien, por más que pueda parecer á algunos una vida llana y comun.

Mire V. R.; apenas se encontrará enemigo peor y que más nos contradiga en nuestras empresas como la pobreza; que esotras cosas que en otras partes tanto impiden, como vicios, oposicion abierta de parte de los conquistados, acá no lo hay por la misericordia de Dios nuestro Señor; porque muy poco estiman ya ellos sus cosas, viéndonos á nosotros sin cesar, yéndoles siempre á la mano y diciéndoles y ofreciéndoles nuestras vidas, con tal que ellos salgan de la infidelidad en que se encuentran. ¡Ay pobres de mi corazon! Bien sé yo que son infieles porque no saben que haya otra cosa que á ellos les toque tan de cerca, como es el dejar la infidelidad. ¿Y cómo decirles que no andan bien, sino muy torcidamente, si no tenemos medios para atender á los que se convierten? A comenzar de nosotros, con el socorro que se nos pasa, apenas tenemos, sobre todo los que estamos en Misiones vivas, lo meramente necesario para la vida y gastos de viajes; teniendo por ende que mantener á otros Padres que llamamos excedentes, esto es, que la obediencia pone para que podamos atender á nuestra buena, uniforme y santa observancia, sin dejar ni un punto el cuidado de estas cristiandades y el arranque que necesita la conquista.

Y ¿qué le diré de los gastos que la marcha progresiva de nuestra conquista pide, ya en ayudar á los pobres, ya en atraer á los díscolos á buen término, ya en visitarles allá lejos donde ellos viven antes de ser nuestros?

Pues aún no lo he dicho todo, Padre mio. Además de los gastos que llevo dichos, hay otros que reclama el mismo adelanto de estos pequeños centros de reduccion..... ¡Hay pobres niños de escuela, sin maestros, sin libros ni vestidos, porque los padres de ellos no piensan en vestirlos hasta tanto que ellos mismos comienzan por vergüenza á cubrirse, que lo hacen los pobrecitos por su cuenta con algun trapo que cogen, dando á entender á sus mayores que llegó el caso de que se les ha de atender á esta necesidad.

Además de esto, nada se recibe del Gobierno en lo que respecta á la primera formacion de los pueblos; á los cuales, ya que de ellos se tenga conocimiento oficial, no se les da gran importancia, hasta tanto que el pueblo nuevo llegue á estar establecido, ó reconocido como pueblo civil: que ya á esta sazón está obligado á pechos

y cargas del Estado, que casi él mismo se ayuda y ayuda á su vez al fomento de otros, ó gastos del Erario.

En fin, dejemos tanto razonamiento, que casi está fuera de su lugar hablando con mi P. Goberna, de tan feliz recuerdo para la Mision de mi pertenencia. Dejemos á la gracia de Dios, la cuál hará que á Él refiramos los bienes que ella produce; que los que yo de ella espero que ha de obrar en Barcelona no los alcanzaria á explicar, así tuviera mejor pluma que todos los sabios pasados y por venir, y óigame V. R. en esto que voy á decirle.

En la Mision Agusana se cometian á la raya de doscientos asesinatos, sin contar los sacrificios humanos que los manobos entrados en la selva suelen hacer á sus dioses; y ha de saber V. R. que no habia fuerza humana que pudiera poner fin á tanta matanza; y como eran infieles, no hay para qué decir á dónde irian sus almas, salidas de los cuerpos á fuerza de lanzazos. Por aquí podrá entender V. R. el salvajismo de los pobres manobos á qué grado de barbarie llegaba; porque, si me pregunta el motivo de tal carnicería, le diré que la ocasionaba el mismo estado de infidelidad, que en ellos es un estado de aislamiento sin organizacion alguna social, sin ningun vínculo de familia, ni principio de justicia; de aquí que por el menor agravio suelen tomarse la justicia por su mano, prevaleciendo, por supuesto, el más fuerte, diestro y atrevido.

Además, el manobo compra á cuenta de esclavos la mujer, y como no tiene ningun árbol que dé cosecha de ellos, se los han de buscar de este modo que voy á decirle brevemente á V. R., y es, que matan á los padres á traicion, cogen el resto de la familia y con ella compran la mujer.

Los sacrificios humanos es cosa que horroriza. Se suelen celebrar para casarse en festividad del caso. Tambien para curar de alguna enfermedad á los manobos principales; y no pocas veces en manifestacion de la tristeza que les causa la muerte de algun dato ó data.

El modo es horrible; atan á la víctima, y á su vista y en medio de llantos se reúnen 20 ó 30 lanzas y le ponen hecho un mónstruo.

¡Ay Padre de mi corazon! Desde que el año 1879, por febrero, comenzó gloriosamente á tener vida verdadera y fogosa nuestro Agúsan, ya no hay nada de esto. Lo que hace que nos deshagamos como la sal en el agua pidiendo por sus llagas al Crucificado nos dé fuerzas para perfeccionar nuestra obra. Ayúdenos ustedes para acabar con el mónstruo de la infidelidad, y para que cosas tan rematadamente malas se concluyan, y por la bondad de Dios conseguir ver cumplidos nuestros comunes deseos. Anime V. R. á esos señores y señoras, que con nosotros trabajan con oraciones y limosnas, diciéndoles que participarán tambien del premio que esperamos.

Recomendamos de nuevo muy eficaz y encarecidamente á nuestros piadosos suscritores esta obra católica y nacional: los donativos que gusten, tanto en géneros como en dinero, pueden entregarlos en la residencia de los Padres de la Compañía de Jesús, que en Barcelona la tienen en la calle de Lauria, n.º 21.

La *Semana católica*, al dar cuenta en su número de 13 de mayo último del celo de las señoras de esta ciudad para enviar ropas y dinero á los Padres de Filipinas, dice que en Madrid lleva ya dos años de establecida con el mismo objeto la Obra de Mindanao, que muy pronto quedará refundida en la *Obra de la propagacion de la Fe*.

ÁFRICA OCCIDENTAL.

Carta del P. Bichet, misionero de la Congregacion del Espiritu Santo.

San Francisco Javier del Ogowé, 31 octubre de 1882.



UMPLIENDO los deseos del Ilmo. Le Berre, os transmito la relacion del viaje que acabo de hacer desde Santa María del Gabon hasta San Francisco Javier del Ogowé.

El lunes 12 de setiembre á las ocho y media de la mañana monté en una piragua, acompañado del Hermano Enrique, para dirigirme á la estacion de San Pablo de Donghila, desde donde debia partir para el Rhembué, y luego por tierra al Ogowé. Sorprendimos á nuestros compañeros, y todos nos regocijámos viéndonos reunidos. Durante algunos dias tuve que aprovechar la hospitalidad del P. Davezac, pues la piragua que habia de conducirme á Agondijo, pueblo situado en el Rhembué, no podía estar de regreso hasta el sábado próximo.

El viernes 15 á las diez de la noche, nos dejó el Hermano Enrique, para volver á Santa María del Gabon acompañado del H. Ubaldo.

El domingo 17, despues de la cena, apareció una luz junto al desembarcadero, y luego oímos repetidos llamamientos. No pudiendo distinguir las voces, creimos que eran hombres que llamaban á uno de los tratantes del pueblo akelés. Donghila, en efecto, es un fondeadero para las embarcaciones que remontan el Como y el Rhembué. A la mañana siguiente quedámos no poco sorprendidos viendo anclada la chalupa de vapor del Gobierno.

Guiados por el H. Ubaldo, cuatro europeos subieron á la Mision, y despues de entregarme un paquete de cartas del Ilmo. Le Berre, me dieron cuenta del objeto de su viaje.

Durante mi corta permanencia en el Gabon tuve el honor de hacer dos visitas al señor Comandante superior, á quien manifesté que debia yo volver á Lambarené por tierra, por un nuevo sendero que los negros del país me habian enseñado. El señor comandante me expresó el deseo de que viniese conmigo uno de sus oficiales; pero la ocasion no era propicia, pues se aguardaba *La Seudre*, que tenia necesidad de todo su personal. Ahora bien, mientras estaba yo en Donghila llegó aquel buque, y el comandante, sabiendo que las circunstancias me obligaron á detenerme, decidió que los Sres. Espinassy y Tenaille, oficiales de marina, Lotha, doctor-médico, y Thollon, naturalista, me acompañasen en mi viaje.

Estos eran los señores que venian á buscarme: no habia tiempo que perder: la partida estaba fijada para las ocho, y eran ya las diez. Mis preparativos no fueron largos. Tomé mi *puka* (saco de tela), un cobertor y un mosquitero y nos embarcámos. A medio dia llegámos á Ntye-Ntyuwa, pueblo situado á la entrada del Rhembué, donde fondeámos con objeto de alimentar la caldera de la chalupa con agua dulce, preferible á la de mar. El *Falaba*, vaporcito de la casa Cookson, vino á varar cerca de Ntye-Ntyuwa para ser limpiado y repintado. El capitán de este buque tuvo la amabilidad de enviarme su ballenero, lo que me permitió ir á conversar algun tiempo con él y tomar las cartas que traia para el Ogowé.

A la una continuámos la marcha, y á las ocho y

media de la noche abordámos en Agondyo, punto en que habíamos de detenernos para tomar la via de tierra. Un empleado de un comerciante francés, establecido en este pueblo, nos envió en seguida una embarcacion para ayudarnos á descargar nuestras provisiones y bagajes.

Inmediatamente fuí á casa de un tratante gabonés llamado Lauembé, á quien ya conocia, y le pedí que hiciese venir al rey pahuino. Este personaje no se hizo esperar. Para disponerle en mi favor empecé por darle un vaso de aguardiente, y luego le pregunté si tenia conocimiento de un camino que conduce directamente al país de los Pahuinos de la familia Ebenvul, establecida cerca de Lambarené. Contestó afirmativamente; le pedí me proporcionase dos guías y cuatro bagajeros, y me lo prometió, conviniendo el precio de quince pesetas en géneros para cada individuo.

A las tres de la mañana del siguiente dia, 19 de setiembre, dí la señal para que todos se despertasen. En breve estuvieron en pié, y despues de un ligero desayuno íbamos á cargar á los bagajeros cuando se ofreció una dificultad imprevista. Todas las mujeres del pueblo habian partido la víspera para su *mpindi* (huerto), sin dejar alimento alguno á nuestros hombres, quienes declararon, por consiguiente, que no podian seguirnos antes de su regreso. El tiempo nos urgia, y así les exhorté lo mejor que pude, logrando al fin decidirles á que nos acompañasen, prometiendo darles suficiente cantidad de galletas para el viaje. Uno solo, llamado Ngema, que llevaba en brazos un niño de pocos meses, no quiso confiar á nadie el cuidado de su hijo antes de la llegada de la madre. Dejámos, pues, á este modelo de paternidad. De pronto siento que una vigorosa mano me estrecha fuertemente el brazo. Era Ntoro, uno de mis antiguos amigos, á quien cuidé dos meses atrás y que se encontraba perfectamente curado. Su gozo al volver á verme fué tan grande, que me dió aquella señal de afecto, que acepté por lo demás de buena voluntad, pues probaba á mis acompañantes que el negro conserva aún el sentimiento de gratitud.

A las ocho y media partímos de Agondyo. Nuestros seis hombres eran: Ehomí, Ngema, Nzeu, Nongo, Ndygo y Vengé. El viejo Ntoro volvia al seno de su familia y nos acompañó tambien, con un niño de diez años que iba con él y que se encargó de mi saquito de misionero. A las diez y media entrábamos en el pueblo de Melowé, cuando hé aquí que los portadores que iban al frente, se detienen instantáneamente. ¿Qué sucedia? Que cuatro bagajeros querian dejarnos, pues aquel pueblo lo habitaba la familia Bengomba, á la sazón en guerra con la de los Ebendum, á que pertenecian nuestros portadores. Ahora bien, los pahuinos Bengomba pueblan tambien los países del lago Ajingo, y aquellos temian ser maltratados. La dificultad me pareció seria, y juzgué prudente dejarles partir. Por suerte el rey Akiga me ofreció cuatro nuevos bagajeros, llamados Andombo, Mendum, Nguashé y Ngei. A medio dia nos detuvimos cerca de un rio que corria en un lecho de arena fina mezclada con buena parte de mica, semejando pepitas de oro. Despues de reparar nuestras fuerzas y de beber el agua fresca de aquel hermoso rio, proseguímos el camino á paso acelerado por un tortuoso sendero. De improviso tres hombres armados con fusiles se levantan de las malezas en que estaban agachados, y se lanzan en nuestro sendero. A la

primera palabra que nos dijeron comprendí que no teníamos que hebérnoslas con enemigos. Eran hombres que conducían mercancías para comprar un colmillo de elefante, y que iban también al lago Ajingo. Habían tomado la actitud de agresores porque se creían perseguidos. Tal es la costumbre de los naturales de estos países. Estando en continua guerra unos con otros, se ven obligados á vivir siempre alerta.

Entre tanto las piernas de mis compañeros, menos acostumbradas que las mías al suelo de Africa, empezaban á flaquear. Así es que nos alegró muchísimo encontrar un *olaco* (lugar que sirve de alto á los que viajan por el bosque). Los que nos precedieron dejaron allí su cama, y eso nos dispensó de hacer otras. Estos lechos nada tenían de lujosos; reducíanse á cuatro estacas fijas en el suelo, en la que descansaba una enorme corteza de árbol. Eran las cinco y media. Antes de cenar el doctor nos hizo tomar á todos veinte y cinco centigramos de sulfato de quinina en un papel de cigarrillo. Luego preguntó si iríamos directamente á Lambarené, ó si era preferible pasar por el lago Ajingo, á donde llegaríamos el día siguiente por la tarde, mientras que Lambarené estaba mucho más lejos. Todos fueron de parecer que se tomase el camino directo de Lambarené. Como las noches son muy frescas en estos países durante la estación seca, me ceñí con una buena faja de franela, añadiendo un gaban, lo que francamente no fué por demás. A las dos y media de la madrugada despertóme la conversacion de aquellos señores, que encontraban la cama algo dura; si bien el naturalista se consideraba dichoso de acostarse en la corteza de un *kumé*: así es como las circunstancias singulares á que uno se aficiona hacen siempre soportar las contrariedades con paciencia y resignacion. Por mi parte me encontraba tan bien como en cualquier otra cama. El misionero es preciso que se acostumbre á todo. A las seis nos pusimos en marcha.

La primera hora fué penosísima: teníamos ante nosotros una enhiesta montaña, en cuya ascension besámos la tierra más de una vez, y á medio día llegámos á orillas de un torrente, cuyas aguas corrían entre magníficos trozos de cuarzo. Al proseguir la marcha, los guías y portadores me declararon resueltamente que no querían ir más lejos, porque estaban en guerra con los Pahuinos de la familia Ebenvul, que habita en Lambarené. Nuestra situación era entonces crítica, pues íbamos á vernos reducidos á no tener por bagajero sino al viejo Ntoro. Mis compañeros, viéndome perplejo, me preguntaron de qué se trataba.

— Quieren marcharse, les dije; ¿qué hacer?

— ¿Renunciar al viaje? ¿á la expedición?

Tranquilicéles diciendo que sólo nos veríamos constreñidos á pasar por el lago Ajingo, contrariamente á nuestros planes. Luego empecé á razonar con mis hombres: ¡trabajo perdido! Cansado de parlamentar, me puse á rezar el breviario, y al terminar Completas volví á la carga, diciéndoles por último que, á pesar de lo concertado entre el rey y nosotros en Agondyo, consentía en pagarles así que llegásemos al lago Ajingo. Convinieron en esto, y proseguímos la marcha á las tres de la tarde. A las cinco llegámos á un río, en cuyas orillas acampámos, pues el otro más próximo estaba muy lejos. Esta noche fué poco tranquila: los negros hablaban mucho, y nos vimos obligados á vigilar por turno. El tiempo nos pareció interminable y la luz del día

nos llenó de gozo. A las cinco estábamos en marcha.

A las ocho y media nos detuvimos en una vasta llanura, habitada en otro tiempo por un pueblo de la familia Ebenvul. Los compañeros aprovecharon este alto para tomar una serie de alturas de horizonte. La vegetacion empezaba á cambiar; ya no encontrábamos los árboles que habíamos visto hasta entonces, sino malezas difíciles de atravesar á causa de las numerosas enredaderas que embarazan el camino. Sin embargo, en los claros pudimos advertir numerosas huellas de elefantes.

A las diez la impresion del aire me dió á conocer que no estábamos muy distantes del lago Ajingo, y en efecto lo divisámos al cabo de media hora.

Este lago, más largo que ancho, es pintoresco y hermosísimo. Se extiende del Nordeste al Sudoeste. Las diferentes veces que me dirigí á él fué por su parte Sudoeste, mientras que ahora lo alcanzámos por el Nordeste, cerca del pueblo Ngora-ma-fam, de la familia de los Bengamba. Nuestros bagajeros fueron saludados con transportes de júbilo, y Vengé, el único de la familia de los Ebendum que nos habia permanecido fiel, no se apartaba un momento de nosotros, pues era pariente del individuo que habia ocasionado la contienda entre las dos familias. Nos instalámos en la arena de la playa, á la sombra de espléndidos *mkelia* (copales), y hervimos un magnífico pez que adquirí por la módica suma de 30 céntimos de tabaco. Todos nos regalámos con él, y los compañeros aprovecharon la belleza del sol para tomar otra serie de alturas y poder así determinar el punto geográfico del sitio del lago en que nos encontrábamos.

A las cuatro proseguímos nuestra marcha, para pernoctar en un *olaco* poco distante, proponiéndonos pasar el día siguiente en piragua un brazo del lago para continuar el camino hácia el Lambarené. La piragua no llegó hasta las ocho de la mañana siguiente, y en el momento en que íbamos á embarcarnos, tres de nuestros hombres rehusaron partir.

Montámos por último en la piragua; pero los tres desertores nos ponían en la imposibilidad de continuar el camino. ¿Qué hacer? Los oficiales estaban poco tranquilos, y yo mismo, aunque disimulaba mi inquietud, temía que se viesen obligados á volver al Gabon sin haber visto el Lambarené. Para colmo de desventura Ngei, que cruzó el brazo de lago con nosotros, declaró que no podía seguirnos, pues habia quitado la vida con su propia mano al hijo del rey del pueblo á donde íbamos, dando lugar con esto á la lucha entre las dos familias Bengomba y Ebenvul. Cuando me hizo esta declaracion estaba discutiendo el precio con un jóven llamado Nzonn, que consintió acompañarnos por el valor de diez francos en objetos. Luego hice entender á Ngei que los misioneros son queridos y respetados en todas partes, y así nada tenia que temer por la vida al lado de uno de ellos; que en caso de necesidad me entregaria yo mismo antes de consentir fuese encarcelado uno de los míos. Estas palabras le alentaron, y tomó alegremente su carga, imitándole los demás. Yo me arreglé algunas correas, y con ellas llevé mi paquetito con el cronómetro. Eran las dos de la madrugada.

En breve llegámos á un pueblo pahuino que acababa de ser abandonado á causa de un azote particular, el *disu*, esto es el arador (*culex penetrans*). Los infelices

negros, no sospechando la existencia de este terrible insecto, se dejaban comer los dedos de los piés, y hoy día aún se encuentran personas que carecen de ellos, por haberlos devorado esa diminuta raza de roedores.

El calor era ardiente y nos abrasaba; á medio día nos vimos ante un infecto pantano de papiro que habíamos de atravesar indispensablemente, lo que fué cuestion de media hora. Luego hicimos alto para comer. Nuestras provisiones tocaban á su fin. Faltándonos agua, nos vimos obligados á beber el cenagoso líquido del pantano, á la que el doctor aconsejó mezclásemos un poco de aguardiente que nos quedaba. Un pote de sardinas hizo todo el gasto de nuestra comida.

Luego continuámos la marcha hasta llegar al cabo de cuatro horas á orillas de un río, donde hicimos alto, pues los guías nos advirtieron que no encontraríamos otro antes de la noche. Recogimos, pues, ramas secas para hacer grandes hogueras, y empezaba á extender mi cobertor en el suelo, cuando sentí una fuerte picadura en la pierna, que ví cubierta de hormigas rojas. La picadura de estos insectos, aunque no peligrosa, duele bastante. En este momento los señores viajeros venían de tomar un baño para deshacerse de aquellos animalillos que habían invadido sus piernas... Sentáronse conmigo al rededor del fuego, y apenas instalados, uno de ellos se golpeó la pierna con viveza, por sentir algun objeto frío, que creyó seria una hormiga, pero nada de eso, era un escorpion que sin duda queria ser tambien de la partida. Entre estas diversas impresiones empezamos por fin la cena, tan frugal como la comida de la mañana. La noche fué bastante tranquila, si bien dormimos muy poco.

Por la mañana á las seis continuámos el viaje; segun los guías este día debia ser el último de nuestras fatigas y pernoctaríamos en la Mision. El suelo habia cambiado de aspecto; era montuoso, y caminábamos penosamente, cansados de cuatro días de viaje.

A las diez descansámos breves momentos. Ví entonces que nuestro famoso Ntoro tenia en la mano algunas ramas parecidas á las de bambú, del que exprimía y recogía preciosamente una especie de jugo. El doctor me preguntó cuál era el objeto de la operacion; interrogué á Ntoro, y éste contestó:

—Preparo una medicina para todos nosotros.

Cuando hube traducido la frase, aquellos caballeros no pudieron contener la risa. Esto, empero, no le turbó, y continuó preparando su remedio, que puso en una botella, conteniendo un litro próximamente. Bebió la mitad de esta horrible pocion haciendo un feo visaje, y pasó el resto á sus vecinos. Pero lo que más sorprendió al lector, fué que luego se pusieron á comer como si tal cosa...

Continuámos nuestro camino, cada vez más penoso. Era cerca de la una, y nada habíamos comido aún desde la víspera: nuestros estómagos empezaban á experimentar el hambre: felizmente llegámos á un riachuelo, donde pudimos apagar la sed á nuestro sabor, despues de consumir la última lata de conserva y los pocos pedazos de galleta que nos queban. A las dos proseguímos el viaje.

Al cabo de algun tiempo vimos plantaciones de bananos que indicaban la cercanía de algun pueblo. Ntoro me dijo entonces que íbamos á atravesar dos pueblos de la familia de los Ebenvul, y que era llegado el momento de velar por Ngei. Como preservativo le calé

mi ancho sombrero, poniéndome yo en peligro de cojer una insolacion. Se lo metió hasta los ojos, y siguiéndome me decia en voz baja: ¡Avol! ¡Avol! «¡Apresúrate! ¡Apresúrate!» El pueblo era largo; pero la vista de los blancos preocupó tanto á los vecinos, que no fijaron la atencion en el que iba así disfrazado. Ya no nos encontramos más en los bosques, sino entre inmensos huertos de bananos. A las cuatro de la tarde llegámos frente á nuestra querida Mision de San Francisco Javier, en el pueblo del famoso rey Detuma. Apenas me vió éste, estrechóme entre sus brazos, y recibí con gozo esta prueba de amistad, aunque tuviese todo el cuerpo untado con aceite de palma: entre tanto Ngei pudo ponerse en lugar seguro. Cuatro piraguas gallesas vinieron en seguida á buscarme, mientras que el rey pahuino hacia armar otra mayor. Los expedicionarios ocuparon esta última, y yo una de las pequeñas para complacer á los Galleses. Al cabo de treinta minutos estábamos en la Mision, donde tuve el consuelo de volver á ver en buena salud al P. Heintz y al H. Lievin, que nos recibieron con los brazos abiertos é hicieron cuanto les fué posible para instalar á nuestros huéspedes, quienes no hicieron larga permanencia en la isla. El domingo tomaron las alturas del horizonte para determinar la latitud de la isla Ozangé Nengué (isla de la luz) en la que estamos establecidos, y el lunes siguieron de nuevo la ruta del lago Ajingo, pero esta vez en piragua.

Este feliz viaje prueba una vez más que todos los que quieran consagrarse á la regeneracion de esos infortunados negros, nunca deben olvidar que su divisa ha de ser «dulzura y paciencia.» ¡Cuán vastísimas comarcas en que no se ha oido aún la palabra del Evangelio! Entre tanto el nombre del misionero es ya conocido á lo lejos y generalmente muy respetado. A la vez que se consagra á la gloria de Dios y siembra en el corazon de estos pueblos la buena semilla de la verdad, les enseña á amar los países civilizados donde hay tan gran número de corazones generosos, que envian tantos operarios apostólicos voluntariamente desterrados en las comarcas infieles, y que, por el óbolo de la caridad, les ayuda en sus trabajos y subviene á sus necesidades.

ESTADOS-UNIDOS.

Carta del P. Alberto Lacombe, misionero canadiense, oblato de María Inmaculada.



ERMITIDME que os envíe algunas noticias que podrán interesar á los asociados de la *Propagacion de la fe*. Paréceme que es poco conocida de Europa esta inmensa extension comprendida entre el 49° de latitud y el mar Glacial. Mi intento no es aquí hacer su historia y su descripcion: sólo quiero hablar de los salvajes que forman la gran mayoría de la poblacion de este país. Trabajando hace ya hace más de veinte años en medio de esos infelices habitantes de los bosques ó del desierto, muchas veces he podido apreciar todo el bien que con sus misioneros y sus limosnas ha obrado en estas lejanas regiones la generosidad de Europa. Hijo del Canadá ó de Nueva-Francia, me cabe la dicha de ser misionero de los salvajes y de unir mis trabajos á los de nuestros compañeros de Europa que han atravesado el Océano para volar en nuestra ayuda.

La poblacion indígena de nuestras Misiones comprende los salvajes de los bosques ó de la selva, y los de las praderas ó del desierto.

Los primeros, que pueblan parte de las diócesis de San Alberto y todo el inmenso vicariato de Athabaska y Mackenzia, tienen un carácter muy diferente de los demás. Obligados á diseminarse en grupos, porque los animales de caza no podrian bastar á grandes aglomeraciones, son de costumbres más suaves. Propenden á dispersarse en los bosques por familias, ó grupos de dos ó tres familias á quienes unen lazos de parentesco.

Esos salvajes abrazan más fácilmente el Cristianismo y están menos sujetos á las groseras supersticiones que sus compañeros de las praderas, y una vez cristianos lo son sinceramente. No es raro que al cabo de medio año de ausencia vengan nuestros neófitos á postrarse á nuestros piés diciendo con ingenuidad:

—Padre mio, no recuerdo haber pecado desde mi última confesion.

Estas tribus de las selvas son además recomendables porque nunca se hacen la guerra. Habitando un país sumamente frio, con frecuencia padecen hambre, y expuestos á grandes fatigas y á privaciones de todo género, deben sin duda á esos infortunios el no estar sometidos á pasiones feroces.

Si alejándonos de esas bandas pacíficas que nunca se preocupan por el día de mañana, y atravesando el rio Mackenzia y el lago y el rio Athabaska y el rio Saskatchewan (ó mejor Kisiskatchiwan, *corriente rápida*), entramos en las inmensas praderas limitadas al Oeste por la larga cadena de las Montañas Berroqueñas, y que comprenden los valles del Saskatchewan, del rio Rojo y del Missouri, encontramos en ellas otras tribus muy diferentes de las que acabo de describir. Allí viven naciones fieras é independientes, como las grandes llanuras por las que el hombre cobrizo pasea su vida nómada. Nombrar los Sioux, los Asinibuanos, los Cris, los Piés-Negros, los Pieganos y los Gentes de la Sangre, es recordar á vuestros lectores nombres que han leído en los relatos de los misioneros.

Hasta el presente hemos ejercido nuestro celo en medio de los Cris, muchos de los cuales han abrazado ya la fe. Con frecuencia visitamos las otras tribus, en las que hemos encontrado excelentes disposiciones; pero para evangelizarlas á fondo son necesarios mejores recursos y sobre todo más crecido número de obreros apostólicos. Constreñido á no hacer en ellas sino rápidas apariciones, el misionero se ve reducido á bautizar algunos niños y á hablar un poquito de religion, pues tiene que regresar á su puesto.

Los habitantes de las praderas viven en campamentos de dos á trescientos hogares, con otras tantas familias, habiendo á veces dos familias por habitacion. Esos salvajes son más propensos á las malas pasiones que los de los bosques. Viviendo en grandes agrupaciones, sin otra forma de gobierno que una especie de gran consejo presidido por el jefe de campamento é investido de una autoridad más nominal que efectiva, se entregan fácilmente á violencias y excesos, siendo entre ellos frecuente la guerra. Los jóvenes gustan de hacer patente su audacia, sea trayendo las caballerías de los enemigos, sea volviendo cargados de despojos y seguidos de gran número de caballos que han arrebatado y que distribuyen á sus amigos y parientes. Por medio de semejantes

proezas el salvaje se capta las simpatías de los suyos, adquiere influencia y llega á la dignidad de jefe.

Desde la introduccion de la Religion en esas tribus hemos conseguido poner fin á tales guerras, y esperamos desaparecerán en breve esos odios y venganzas sin cuartel. Por desgracia el ejemplo de las naciones cristianas proporciona á los salvajes un terrible argumento contra nosotros.

Cierto dia un misionero, dirigiéndose á un gran consejo compuesto de muchos jefes, esforzabase por hacerles comprender cuán opuestos son al espíritu del Cristianismo los homicidios y ataques contra aquellos á quienes se llama enemigos. Uno de los principales de la asamblea le contestó en nombre de todos:

—Pero, Padre, ¿por qué prohibir nuestras guerras? ¿Por ventura los blancos y los pueblos civilizados no se hacen la guerra por poca cosa? Se matan, segun se nos asegura, en mayor número aún que lo hacemos nosotros, y eso que son hombres de oracion. ¿Cómo es que conociendo perfectamente la palabra del Grande Espíritu se entregan á tales guerras? Mas aún, se nos dice que los sacerdotes acompañan á los ejércitos. ¿Cómo concordar eso con lo que acabas de decirnos? ¿Por qué nosotros, pobres ignorantes, no podríamos permitirnos lo que tan fácilmente se permiten vuestros sabios?

Esos salvajes sólo viven de la caza del búfalo, que les proporciona carne muy nutritiva y de grato sabor. Esa caza tiene por objeto procurarse no sólo provisiones de boca, sino tambien pieles para abrigo, y excita en el más alto grado la vida aventurera del hombre de las praderas. Corre en ella grandes peligros: con frecuencia se halla frente á un búfalo herido y furioso que se le arroja encima y le destroza, lo mismo que su caballo. Es un espectáculo imponente ver á quinientos ó seiscientos de esos bravos, montados en sus corceles, lanzarse de improviso sobre una banda de varios miles de búfalos, perseguirlos á fusilazos y cubrir la campaña con sus cuerpos.

El salvaje de las praderas es celosísimo de su independencia, y le irrita la idea de que los blancos puedan apoderarse un dia de sus tierras. Como al árabe del desierto, le place plegar su tienda por la mañana para ir á plantarla por la noche en donde mejor le cuadre.

—Ves, Padre, me decia cierto salvaje, ves este gran terreno que se extiende ante nosotros; todo es mio y de mis compatriotas. Es mi país y puedo recorrerlo en todos sentidos.

Si los salvajes de las praderas están sujetos á grandes vicios, como la pereza, la sed de venganza y la imprevisión, en cambio reúnen preciosas cualidades que les son comunes con sus hermanos de los bosques. Entre ellos la hospitalidad se lleva al extremo, hasta el punto de hacer sufrir á la familia para dar de comer á un extranjero.

Esos salvajes reconocen el Grande Espíritu ó el Señor de la vida: cierto que tienen de él una idea muy grosera, pero le adoran, le ruegan y le dan gracias. Los Piés Negros creen que el sol es ese Sér creador, y le ofrecen sangrientos sacrificios en una solemne festividad que celebran para honrarle. En tal ocasion se purifican con baños de vapor, ayunan rigurosamente, pasan días sin comer ni beber, se cortan algunas falanges de los dedos, y se traspasan la carne del pecho y brazos con flechas, á fin de hacerse propicia la divinidad.

Cuando el misionero ha logrado ganarse la voluntad

de esos infelices salvajes, viene á ser su padre, su protector y su amigo de confianza. Es universalmente respetado, áun por aquellos que no quieren hacerse cristianos; temen hacer lo que pudiera contristarle.

La mayor dificultad del misionero, entre los pueblos del Noroeste de la América, es el estudio de las lenguas, allí en crecido número, y que difieren profundamente unas de otras. Los salvajes hablan correctamente su lengua, pero no tienen escritura ni otro medio alguno que pueda servir para estudiarla. El misionero ha de aprender oyendo hablar. ¡Cuántos esfuerzos no ha de hacer para discernir las reglas gramaticales y formularlas! Sólo á costa de un trabajo tenaz han logrado nuestros Padres analizar la lengua de sus neófitos y á darle reglas. Mi obispo, el Ilmo. Grandin, me envió al Canadá para imprimir, en lengua crisa, una gramática y un diccionario que han exigido muchos años de trabajo.

Antes de concluir haré observar que todas las naciones de que acabo de hablar, tanto en la Colombia británica como en todos los países que interiormente formaban el inmenso territorio de la bahía de Hudson, son evangelizados por la Congregacion de Oblatos de María Inmaculada.

En 1818 algunos generosos sacerdotes del Canadá inauguraron el establecimiento de San Bonifacio en el rio Rojo y formaron algunas otras estaciones. El ilustrísimo Provencher, de santa memoria, fué el primer obispo de este grande distrito. El celoso pastor no pudiendo reclutar bastantes misioneros entre el clero secular, comprendió que necesitaba una Congregacion religiosa para desbrozar el vasto campo encomendado á sus cuidados; é hizo llamar á los Oblatos de María.

En 1831 el P. Taché desempeñó el cargo de coadjutor del Ilmo. Provencher, á quien sucedió en breve. Hace, pues, muchos años que los Oblatos evangelizan esas comarcas á costa de sacrificios, fatigas y sufrimientos inauditos. Visitando nuevas tribus y fundando nuevas Misiones se han adelantado hasta orillas del mar Glacial, en el país de los Esquimales y el estrecho de Behring. Algunos de ellos tienen su residencia cerca la embocadura del gran rio Mackenzia.

¡Cuántos obreros apostólicos y recursos pecuniarios nos faltan para hacer frente á tantos trabajos! Toda nuestra confianza acá en la tierra la ciframos en la *Obra* por excelencia de la propagacion de la fe. Por ella hemos

podido regenerar gran parte de los salvajes que vagan errantes por los desiertos del Noroeste de la América. A ella deben su salvacion eterna todos los que de treinta á cuarenta años á esta parte han muerto en la luz de la fe. La oracion de esos salvajes admitidos en el paraíso es una bendicion para los asociados de dicha *Obra*, lo mismo que el reconocimiento de nuestros neófitos, pues todos saben que merced al óbolo de la caridad católica, hoy se cuentan en el número de los hijos de Jesucristo.

Incluyo en la presente carta la fotografía del gran jefe de los Cris. Se llama Abrahan Wikaskokiseyinn (*hierba ororifera*), y es el mismo que hace algunos años, áun antes de ser cristiano, me pedía como un favor ser admitido á pronunciar el augusto nombre de Pio IX, y besaba con la más viva emocion el papel en que este nombre estaba impreso. He creído complaceros enviando ese doble retrato. El uno representa el jefe con su traje y sus adornos salvajes; el otro vestido á la europea, el día siguiente al de su confirmacion.



Abrahan Wikaskokiseyinn, gran jefe de los Cris, en traje salvaje.

CRÓNICA.

Roma.—Su Santidad Leon XIII acaba de aprobar la proposicion presentada por la Congregacion de la Propaganda, segun la cual los búlgaros de rito griego tendrán tres vicariatos apostólicos.

El Ilmo. Nil Isworof tendrá el título de arzobispo y residirá en Constantinopla; los otros dos vicarios apostólicos recibirán el título de obispo. Uno de esos dos vicarios está ya designado: es el Rdo. Mi-

guel Petkof, presbítero, antiguo discípulo del colegio griego de Roma: sólo cuenta treinta y dos años, y debió recibir la consagracion episcopal en Constantinopla el 15 de abril, de manos del Ilmo. Nil.

Estas medidas permitirán proveer de manera más eficaz á las necesidades espirituales de los búlgaros del rito griego, que cada dia abandonan en gran número el cisma para volver al seno de la unidad.

Su Santidad ha aprobado asimismo la decision de la Congregacion de la Propaganda, que propone separar del vicariato apostólico de Idaho la parte que corresponde al territorio de Montana, y de reunirla al vicariato de este mismo nombre ya existente. Este último vicariato formará parte de la provincia eclesiástica de Oregon.

Su Santidad ha confiado la administracion de esta circunscripcion eclesiástica al Ilmo. Brondel, obispo de Vancouver, á quien ha dado un coadjutor en la persona del Rdo. Juan Jaime Jonckau, sacerdote de la diócesis de Vancouver.

— El Padre Santo acaba de separar del vicariato de Colombo y erigir en vicariato apostólico distinto la provincia de Kandy; el Ilmo. Cristóbal Clemente Pagnani, vicario apostólico de Colombo, lo ha sido nombrado de Kandy; el Ilmo. Cristóbal Bonjean, vicario apostólico de Jaffna, ha sido transferido á Colombo, y el Ilmo. Teófilo Melizan sucede en Jaffna al ilustrísimo Bonjean, de quien era coadjutor.

Finalmente el Sumo Pontífice, por breve de 27 de abril último, ha suprimido el vicariato apostólico de la Valaquia y ha erigido Bukarest en sede arzobispal. El Ilmo. Paoli, obispo de Nicópolis y administrador del vicariato de Valaquia, ha sido promovido á arzobispo de Bukarest, y el Ilmo. Hipólito Agosto, pasionista, ha sido nombrado obispo de Nicópolis.

— El Ilmo. Ignacio Paoli ha salido ya de Roma para Viena y la Rumanía, revestido de la dignidad, que se le ha conferido por breve, de arzobispo de Bukarest.

Ya hace mucho tiempo se esperaba esta próxima y gradual restauracion de la jerarquía católica en el nuevo reino de Rumanía, pero no hay que disimular que algunas dificultades encontrará el nuevo metropolitano. Es de esperar, sin embargo, que estas dificultades ni serán grandes ni duraderas.

El Gobierno y el pueblo de Rumanía no tardarán en convencerse de que el Padre Santo al dar un obispo propio á Nicópolis, y al nombrar al Ilmo. Paoli arzobispo de Bukarest, lejos de abrigar un pensamiento hostil para nadie, honra, con el mero hecho de organizar de un modo más regular y permanente la Iglesia de Rumanía, á la capital del nuevo reino fundado valerosamente sobre las ruinas del imperio de Mahoma.

Véase otro motivo que justifica el establecimiento de la jerarquía católica en Rumanía y que al mismo tiempo no puede desagradar á dicho Gobierno.

En la Rumelia y el Epiro, provincias aún sujetas á Turquía, viven muchos rumanos todavía cismáticos, pero que tienden á convertirse al Catolicismo. En prevision de dicho suceso, que quizá no esté lejano, es bu-

no que la Iglesia católica se encuentre ya fuertemente organizada en las provincias danubianas.

Por otra parte al Gobierno rumano debe agradecerle que los rumanos del Epiro y la Rumelia, cuando sean católicos, se encuentren unidos á su madre patria por el vínculo religioso aunque sea el católico, porque sino estarán como ahora ligados al Patriarca cismático de Constantinopla.

— Los Emmos. cardenales Parocchi y de Lavigerie han sido destinados por el Padre Santo á la sagrada Congregacion de Propaganda *para los asuntos orientales*.

— Esta misma sagrada Congregacion se reúne más frecuentemente que de ordinario, para proveer á las varias necesidades de las Misiones, las cuales, á Dios gracias, están generalmente en notable progreso y sin que tengan que sufrir persecuciones, excepto en el Africa central y en una provincia de China.

Entre las disposiciones más recientes, tomadas por esta sagrada Congregacion, puede señalarse otra division de las costas de Benin, donde se ha creado un nuevo vicariato apostólico en Dahomey.

Cerca del lago de Nyanza (Africa ecuatorial) se ha erigido un nuevo vicariato apostólico que se llamará de Victoria-Nyanza confiándolo al P. Leon Livinhac, á quien se dará en breve el nombramiento de obispo titular.

El P. Juan Ossi, ha sido nombrado administrador de Quilon.

— Segun las últimas noticias la sagrada Congregacion de Propaganda ha propuesto y Su Santidad ha confirmado la division del vicariato

apostólico del Tong-king oriental, que está confiado á la provincia de los Padres Dominicos de Filipinas.

El nuevo vicariato apostólico tomará el nombre del Tong-king septentrional, y comprenderá las provincias de Bac-Ninh, Lang-Su, Cao-Bang, Tay-Nguyen y la parte Norte de la provincia de Tuyen-Quang. El ilustrísimo Antonio Colomer, obispo titular de Temiscire, pasará del vicariato oriental al septentrional, y tendrá por sucesor en el vicariato oriental al Ilmo. José Ferrés, actualmente su coadjutor y obispo titular de Cidisa.

Irlanda.—Las condiciones internas de esta desventurada isla, un momento mejoradas, han empeorado de nuevo.



Abrahan Wikaskokiseyinn, gran jefe de los Cris, en traje europeo.

La Santa Sede está gravemente preocupada del estado de cosas en Irlanda, y el Ilmo. Croke fué enviado á Roma para dar explicaciones y pedir instrucciones. Estas se han hecho extensivas al clero y á los católicos de la isla por medio del siguiente importante documento, enviado por la Congregacion de Propaganda á los prelados de la Iglesia católica en Irlanda:

« Ilustrísimo y reverendísimo señor :

« Júzguese como se quiera á M. Parnell y sus ideas, es cierto que algunos de sus partidarios han seguido, en bastantes ocasiones, una línea de conducta absolutamente contraria á lo que el Soberano Pontífice ha declarado en sus cartas á S. E. el Cardenal-Arzbispo de Dublin y lo que se consignó en las instrucciones de la sagrada Congregacion de Propaganda, aceptadas unánimemente por los obispos irlandeses en su última sesion habida en Dublin.

« En efecto, conforme á tales prescripciones, « está permitido á los irlandeses buscar una mejoría en su desgraciada condicion; les es permitido luchar por su derecho. » No obstante, tienen que observar siempre el divino precepto, segun el cual, « antes que todo debe buscarse el reinado de Dios y de su justicia, » porque es vergonzoso defender una causa justa por injustos medios. » Corresponde, pues, al clero en general y principalmente á los obispos, apaciguar los ánimos exaltados de la multitud y « reconducirles, con oportunas exhortaciones, á la justicia y á la moderacion necesaria en todas las cosas, » á fin de que, « arrastrados por sus pasiones, » no estimen falsamente los efectos ventajosos de los sucesos y « no coloquen en el oprobio del crimen la esperanza de la salvacion pública. » De esto se sigue que no es permitido á ningun individuo del clero apartarse de las aludidas reglas y mezclarse y favorecer una agitacion que es contraria á la prudencia, y á la obligacion del clero incumbe el apaciguar los ánimos.

« Indudablemente no está prohibido recoger dinero para mejorar la suerte de los irlandeses; pero, segun las prescripciones de la Santa Sede citada antes, es preciso reprobador públicamente esas cuestaciones que públicamente se dicen destinadas á inflamar las pasiones del pueblo, pudiendo así fácilmente explotarlas en provecho de sus deseos violentos y sediciosos.

« Sobre todo es preciso abstenerse de tales cuestaciones cuando claramente resulte que puedan servir para excitar los odios y lanzar injuria contra personas respetables, y reprobador los crímenes y asesinatos de que se jactan hombres criminales, principalmente cuando se afirme que en dar ó rehusar para estas cosas se tiene la medida del verdadero amor á la patria, resultando de aquí que los ciudadanos parecen obligados por la violencia ó el miedo.

« Sentado esto, V. R. debe comprender que la cuestacion llamada *Parnell testimonial* fino no puede ser aprobada por la sagrada Congregacion de la Propaganda, no siendo permitido á los eclesiásticos y especialmente á los obispos recomendarla ó favorecerla de cualquiera manera que sea.

« En esto confío y ruego á Dios conserve á V. muchos años.—Dado en el palacio de la Propaganda en 11 de mayo de 1883.—JUAN, CARDENAL SIMEONI, prefecto.—DOMINGO, arzobispo de Tiro, secretario. »

Berna.—En su entrevista con el presidente de la Confederacion, dicen que el Ilmo. Mermillod anunció que

Leon XIII le habia encargado de llevar la bendicion del Papa al Consejo federal. En seguida dió todas las seguridades acerca la actitud del Vaticano en los negocios suizos.

Depues tocó el asunto del restablecimiento de la Nunciatura y de la creacion de un vicariato apostólico para la diócesis del Tessino.

El Ilmo. Mermillod visitó al vicepresidente del Consejo y al Dr. Welts, enviando su tarjeta á los demás individuos del Consejo.

Turquia.—Nos escriben de Constantinopla con fecha de 27 de abril :

« Una impónente ceremonia tuvo lugar el domingo último en la catedral latina del Espíritu Santo en Pancalti cerca de Pera. Sabido es que el Padre Santo ha promovido á la dignidad arzobispal al Ilmo. Nil Isvoroff, jefe espiritual de la Iglesia búlgara unida, con residencia en Constantinopla. El Ilmo. Nil ha sido reconocido oficialmente por la Sublime Puerta en virtud de un firman. El Padre Santo, queriendo al mismo tiempo proveer á la Iglesia búlgara unida de la provincia de Andrinópolis, ha nombrado al Ilmo. Miguel Petkof, alumno que fué del colegio griego de Roma, vicario apostólico y obispo de Tracia. Espérase en breve el nombramiento de otro obispo búlgaro unido para la Macedonia.

« El domingo último, pues, el Ilmo. Nil Isvoroff, asistido de los Ilmos. Eusevides y Abbati, consagró al Ilmo. Miguel Petkof, en presencia de los Ilmos. Rotelli, delegado apostólico, y Azarian, patriarca armenio católico y muchos otros prelados, llenando la catedral una concurrencia inmensa. Los Prelados oficiantes y el coro recitaron en eslavo y en griego las oraciones de la consagracion episcopal, y el Ilmo. Nil, antes de entregar al nuevo consagrado el báculo pastoral y de imponerle la episcopal corona, le dirigió en eslavo un discurso muy conmovedor. A medio día el Delegado apostólico reunió en su mesa al nuevo Obispo y los Prelados consagrantes con el Ilmo. Azarian. El mismo Delegado dirigió un telegrama al Sumo Pontífice. Su Santidad Leon XIII, que tan brillantemente ha honrado la memoria de los santos Metodio y Cirilo, apóstoles de la nacion eslava, no habrá podido menos de experimentar vivísimo gozo al recibir el despacho que le anunciaba la consagracion de un sucesor de esos santos Apóstoles. Mas al mismo tiempo habrá entristecido su corazon el ver que, por otra parte, el obispo búlgaro cismático mantiene fuera de la comunión de la Santa Sede la mayor parte de la nacion búlgara...

« El 18 de abril ha muerto el Ilmo. Jaime Bahtiar, en otro tiempo arzobispo armenio católico de Mardin, y que desgraciadamente se habia dejado arrastrar por el neo-cisma á su regreso del concilio del Vaticano. Los corifeos del neo-cisma reunidos en conciliábulo habian pronunciado la deposicion del Ilmo. Hassun, á la sazón patriarca legítimo de Cilicia y hoy cardenal. El Ilmo. Bahtiar, por su edad evanzada y aspecto imponente, habia sido elegido con preferencia y nombrado por dicho conciliábulo pseudo-patriarca de Cilicia bajo el título de Pedro IX. Un breve de Su Santidad el papa Pio IX declaró esta eleccion nula y sin efecto, y excomulgó nominalmente al Ilmo. Bahtiar.

« Poco tardó la gracia de Dios en tocar el corazon del anciano obispo, que habia pasado cincuenta años en

Misiones. Se sometió hace tres años, y se retiró en una casa de campo en Tcheughel-Keuy, en la orilla asiática del Bósforo. Un ataque de apoplejía ha terminado su larga carrera. El Prelado acabó su vida dando señales de verdadero y profundo arrepentimiento, á la edad de noventa años. El Ilmo. Azarian ha hecho celebrar sus funerales con grande solemnidad, presidiendo personalmente las oraciones de los responsos.»

Siria. — Hé aquí, segun los *Annales de la Mission de N.-D. de Sion*, la lista de los santuarios de Tierra Santa rescatados por los católicos de treinta años acá :

1.º *Ecce Homo* por las Religiosas de Nuestra Señora de Sion; 2.º *Pater y Credo* en el monte Olivete, por la princesa Aurelia de la Tour d'Auvergne; 3.º Santa Ana, por la Francia; 4.º Betfage, por los Franciscanos; 5.º el sepulcro de los Reyes, por la Francia; 6.º Nuestra Señora del Pasmo; 7.º Estacion del *Via Crucis* por los armenios unidos; 8.º Emaús (Kubebé), por los Franciscanos; 9.º San Zacarías (en Abu-Gosh), por la Francia; 10.º Caná de Galilea, por los Franciscanos; 11.º Gruta de David (Belen), por la señorita Berta de Saint-Criq Dartigaux; 12.º Emaús (Nicópolis), por la misma; 13.º Tabor, por los Franciscanos; 14.º Sueño de la santísima Virgen (monte Sion), por los Franciscanos; 15.º la Gruta de la Leche, por los mismos; 16.º la Puerta judiciaria, por id.; 17.º Santa Magdalena; 18.º Betania, por los Franciscanos; 19.º Piscina probática, en Santa Ana, por los Padres de Nuestra Señora de Africa; 20.º San Estéban, por el P. Mateo Lecomte, de la Orden de santo Domingo.

« Esta lista tan consoladora, y aún quizá incompleta, nota el P. Ratisbona, prueba á los amigos de Jerusalem que, si los herejes y cismáticos se agitan, los católicos por su parte prosiguen sin descanso la grande mision que tienen que llenar en Tierra Santa.»

China. — El P. Japiot, de la Compañía de Jesús, escribe desde Wo-fu-t'ang el 1.º de enero de 1883 :

« Experimento vivo placer al ofreceros un relato de la fiesta de Navidad en mi Mision. Desde hace mucho tiempo mis neófitos deseaban tener en su compañía al ilustrísimo vicario apostólico para dicha solemnidad. No atreviéndose á pedirlo, temiendo una negativa, les alenté, y enviaron una súplica al Ilmo. Bulte, quien se dignó acceder á su petición. La feliz nueva cundió en breve por los alrededores.

« En el día señalado más de 1,000 personas acudieron de todos los puntos del distrito, á pesar del frio y de lo largo del trayecto. El número de confesiones excedió de 400 y aún muchos no pudieron satisfacer su devocion.

« La iglesia contenia 800 personas: los hombres, en número de 500, no pudiendo arrodillarse por falta de espacio, permanecieron en pié durante tres horas, con la vista fija en el altar, ocupando la mente con la festividad y las ceremonias de la misa pontifical. S. I. distribuyó la sagrada Comunion á 360 personas. Despues del santo Sacrificio el Prelado tomó la palabra, y expresó la esperanza que fundaba en el fervor siempre creciente de esta cristiandad.

« El resto de la noche se pasó en accion de gracias. Terminada la misa del dia, todos los extranjeros se reunieron en tiendas, en el gran patio de la iglesia, para agapas dispuestas por la caridad de algunas familias.

« Así terminó la fiesta. Ya veis cuáles son mis consuelos. En solo mi distrito tengo más de 300 catecúmenos que me dan sólidas esperanzas. Tres pueblos se disponen á convertirse: uno de ellos cuenta más de 50 familias que aprenden el Catecismo. La fiesta de Navidad, á la que asistieron muchos de ellos, les entusiasmó sobremanera.

« Atribuyo estos felices resultados á las oraciones que se hacen por nosotros, y también á la caridad inagotable de nuestros bienhechores, á quienes soy deudor de la fundacion y conservacion de mis cristiandades: otro pueblo pide una iglesia, una escuela y un aposento para el Padre y su catequista. Necesitaria ahora 5,000 pesetas para dotar convenientemente á esos tres nuevos pueblos y construir una iglesia que he prometido á una de nuestras mejores cristiandades.

— Un telegrama que el superior del seminario de las Misiones extranjeras acaba de recibir de Chang-hai confirma la noticia publicada por los periódicos, del asesinato del Rdo. Terrasse, misionero del Yun-nan, y de varios de sus cristianos.

Este sacerdote era oriundo de la diócesis de Puy; partió para la China en 1874 y sólo contaba treinta y cinco años de edad. Residia en la parte del Yun-nan que linda con la Birmania. Ignóranse todavía las causas y circunstancias de su muerte.

Persia. — Recibimos de sor Meunier, Hija de la Caridad en Urmiah, la carta que van á leer nuestros lectores. No se habrá olvidado que recientemente la venerable religiosa anunciaba la próxima construccion de un hospital en aquella ciudad. Muchos católicos de Europa enviaron ofrendas para esa obra de civilizacion y caridad, y á éstos da las gracias la expresada religiosa.

« Acabamos de saber, dice, por el respetable Hermano Genin que vuestros lectores se interesan mucho por nuestro futuro hospital. Podeis estar seguro que sus bondades para con nosotros no caen en tierra ingrata: desde lo íntimo del alma toda la familia de Urmiah ruega incesantemente al divino Padre de los pobres que vuelva á nuestros bienhechores, en mil y mil especiales bendiciones, sus generosos dones. No cabe duda que nuestra Mision es una de las más necesitadas; ¡ nuestros amados caldeos son todos tan pobres! Mezclados entre los musulmanes, no pueden tener trabajo, ni comercio, ni industria.

« En Urmiah el campo es vastísimo. Estamos rodeados de gran número de pueblos en gran parte católicos hoy dia, merced al celo de nuestro venerable difunto, el Ilmo. Cluzel, y de sus piadosos colaboradores. Además estamos á las puertas de esos numerosos pueblos del Kurdistan y de la Turquía en que se encuentran más de cien mil nestorianos, muchos de los cuales desean volver al verdadero redil.

« De todos lados llegan á menudo á nuestro dispensario infelices enfermos. ¡ Cuántos no saben emplear los remedios que podrian salvarles, y cuántos infortunados, harto débiles para volver á su casa, mueren por el camino! ¡ Oh! ¡ cuán dichosos nos consideraremos pudiendo ofrecerles un abrigo, cuidarlos nosotras mismas y preparar para el gran viaje del tiempo á la eternidad á aquellos que no puedan curar! ¡ Qué gratitud sin fin atestiguarán en el cielo, y cuántas bendiciones darán ya en la tierra á las almas generosas que, no obstante vivir muy lejos de ellos, asegurándoles su salud procu-

rarán á sus cuerpos un bienestar al cual distan mucho de estar acostumbrados, no teniendo en herencia sino la miseria más extrema!

«Al terminar, séame permitido dar una vez más, desde lo íntimo del corazón, las más expresivas gracias á las personas caritativas que con sus limosnas salvan tantas almas como los misioneros con sus fatigosos trabajos.»

Egipto.—Las noticias que recibimos de Egipto con fecha 30 del pasado abril, si bien en la parte política no son muy lisonjeras, pues á cada momento surgen dificultades que tal vez estallen en una nueva guerra; en la parte religiosa son altamente edificantes y conso-

ladoras. Todas las corporaciones religiosas, allí establecidas, rivalizan en celo, y á pesar de lo que sufrieron á causa de la última guerra, imponiéndose sacrificios, saben hallar medios para las grandes necesidades en que se hallan los pobres cristianos.

Los Padres Franciscanos de Alejandría son, de un modo particular, los que se distinguen en estos momentos, por sus obras apostólicas y caritativas. Acaban de levantar, en el arrabal de dicha ciudad, una nueva iglesia y junto á ella una grande escuela, que es la *única gratuita* que se halla en todo el Egipto, siendo ya cerca de doscientos los niños que á ella concurren, y es de esperar que ese número irá cada día en aumento. Las Hermanas Franciscanas de la T. O., que tanto celo han



ISLAS SANDWICH.—Torrente de lava. (Pág. 218).

desplegado así en el Cairo como en varios puntos del bajo Egipto, han abierto también en Alejandría una escuela consagrada exclusivamente á la educación de las niñas.

Pero entre todas las obras, últimamente realizadas, la que más llama la atención es la que acaba de establecer el ilustrado é incansable misionero español reverendo P. Hugolino Masiá, digno hijo del Patriarca Seráfico. Existen en Alejandría muchos negros cristianos, procedentes de la Abisinia, los cuales á causa de su miseria y de no hallar protección ninguna, se veían obligados á estar al servicio de los turcos, que los empleaban en las tareas más humildes y pesadas y al enfermar eran llevados al hospital turco, y allí morían como tales. Esta triste situación hace tiempo había en-

ternecido á nuestro celoso misionero, que, cual otro Pedro Claver, buscaba solícito la manera, no sólo de procurar la salvación eterna de esos pobres abisinios, sino aún de suavizarles y hacerles más llevadera la triste situación en que se encuentran. En efecto: vencidas muchas y grandes dificultades, que de diversas partes se presentaron, ha podido por fin, gracias á su celo y á la decidida protección que le han dispensado los Superiores y la Autoridad eclesiástica, formar la *Sociedad de negros*, cuyo objeto principal es protegerse mutuamente; vivir como buenos cristianos, los que han recibido el santo Bautismo; instruir á los que aún no lo han recibido; amparar á los que no tienen colocación, y procurar que vayan á los hospitales católicos los que enferman. Imposible es describir la satisfacción con que los abisi-

nios solicitan formar parte de la nueva Sociedad, en la cual el primer artículo de su reglamento es: *que para pertenecer á ella deben precisamente ser negros*. A Dios gracias, apenas instalada esa nueva Sociedad ha dado ya sus frutos, que son feliz anuncio de los magníficos resultados que dará en favor de esos pobrecitos negros que hasta ahora habían estado sin proteccion alguna, y vivian en el mayor abandono. Algunos han sido ya bautizados, y otros están preparándose para tener igual dicha.

El Presidente del tribunal de Alejandría mandó, á mediados de abril próximo pasado, al R. P. Masiá un negrito enfermo, para que lo cuidaran en la casa que la nueva Sociedad ha alquilado para recibir á los enfermos, niños y peregrinos: este niño no era cristiano,

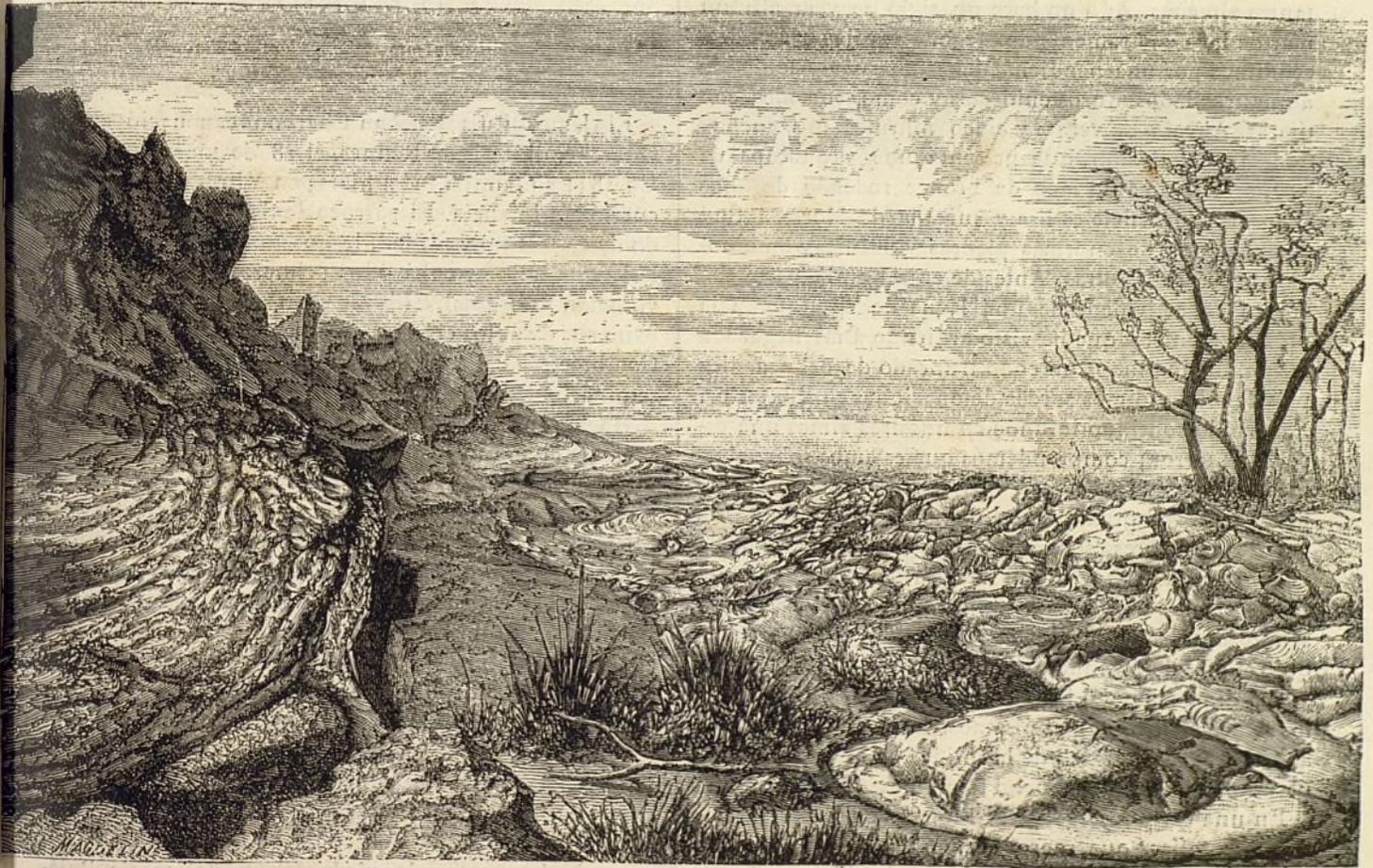
pero se aprovecharon los momentos en que estaba más tranquilo para instruirlo, y á los pocos días pudo recibir el santo Bautismo. Imposible es describir la alegría que manifestó aquel dichoso niño. Pasados algunos días, en los que la enfermedad se agravó extraordinariamente, de repente pide que llamen al P. Masiá; aunque era una hora muy avanzada de la noche, el santo Religioso se fué corriendo al lado del enfermo, al que halló muy triste y abatido.

— ¿Qué tienes, hijo mio? le preguntó.

— Nada, Padre, pero no quiero estar más en Alejandría; quiero marchar.

— Pero, ¿á dónde quieres ir en este estado?

— Tú, Padre, me has dicho que el paraíso es la cosa más hermosa que puedo imaginarme, y lo mismo me



ISLAS SANDWICH.—Corriente de lava.

han dicho mis hermanos, los abisinios que me cuidan; por esto yo quiero ir al cielo; dáme el aceite bendito.

— Sí, hijo mio, le contestó el Padre, te mandaré al cielo, y pedirás al Señor y á la Virgen por nosotros.

En efecto, le administró la santa Extremauncion, y luego el afortunado abisinio dió al Padre las gracias por haberlo hecho cristiano, le besó la mano, y pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús y María, con angelical sonrisa, cerró los ojos al mundo y su pura alma voló al cielo. Muchos fueron los que presenciaron tan tierna escena, y no hubo quien no llorara.

Gran número de almas se salvarán si procuramos mandar limosnas á los celosos misioneros que trabajan sin descanso en las Misiones de Oriente y sobre todo en Egipto, los cuales muchas veces ven perderse gran nú-

mero de almas que fueron redimidas con la sangre de Jesús, pero que ellos no pueden socorrer ni consolar por falta de recursos.

LOS VOLCANES DE LAS ISLAS SANDWICH.

STUADO inmediatamente bajo el trópico de Cáncer, el archipiélago de Havai, más conocido con el nombre de Sandwich, que le impuso Cook, se extiende entre el 19° y el 23° de latitud Norte y del 157° al 159° de longitud occidental. Un buque que partiese de Méjico dirigiéndose al Japon lo encontraría á la tercera parte de su carrera, esto es,

á mil leguas poco más ó menos de su punto de partida.

«Componen este archipiélago una docena de islas próximamente, no pasando de siete las habitadas, que son Havai, Maui, Molokai, Lanai, Onau, Kauai y Niihau.

Havai, la más importante del grupo y que mide 240 millas de circunferencia, contiene picos de considerable altura y volcanes cuyos inmensos cráteres no cesan de vomitar torrentes de lava. El Sr. Julio de Livry midió el pico de Hualalui y le encontró una altura de 8,681 piés. Si, separándose de esta montaña, el viajero cruza los bosques vírgenes que cubren el interior de la isla, encuentra el Maunaloa, que alcanza una altura de 13,500 piés (1).

«Sobre esta montaña, refiere el P. Marechal, el humo del fuego subterráneo se eleva á trechos en una extension de 3 ó 5 leguas y sale de las grietas como otras tantas almenas. Aún no hace un siglo se veia allí un mar de lava enteramente de fuego. Para llegar á él descendimos por una pendiente bastante suave, teniendo á nuestros lados muros enhiestos y como cortados con tijeras. Al cabo de veinte y cinco minutos nos encontramos en el abismo, que presenta una vasta capa de lava, semejante á un lago de bronce rodeado de altos riscos. Su superficie es lisa y surcada de Norte á Sud por una zona de enormes piedras volcánicas amontonadas unas sobre otras. Antes de entrar en la parte del volcan en actividad, de una legua de circunferencia próximamente, y que he visto ardiendo á mi llegada á la isla, distinguimos un cono truncado de ocho á diez piés de alto, y oimos sordas detonaciones en el interior. Este ruido continuo infunde en nuestras almas una especie de terror; comprendemos que estamos sobre abismos, de los que solamente nos separa una corteza de pocos piés. Al aproximarnos al cono advertimos que las paredes interiores están enrojecidas por el fuego. Desde la cumbre, la vista se fija en la superficie de una materia incandescente en fusion, de un rojo más vivo que la sangre, que salta hirviendo. El fluido está á doce ó quince piés de profundidad, y la vista se pierde en la ancha dimension del lago abrasado que se extiende á los flancos del cono que pisamos. El calor, el olor del azufre y la inseguridad de la solidez de la lava no nos permiten contemplar mucho tiempo ese bello horror.»

En una carta reciente el P. Montiton nos dirige con dos fotografías, que reproducen nuestros grabados de las páginas 216 y 217, los siguientes detalles acerca una de las últimas erupciones:

«Al partir de Havai visité el volcan Kilauea, donde algunos meses há se formó un lago de fuego. Quizá sabéis ya que en el mes de noviembre último en las alturas de la misma montaña Maunaola, á 6 millas próximamente del antiguo cráter Makuaveoveo, se abrieron varios nuevos cráteres que no cesan hace diez meses de vomitar torrentes de humo y lava incandescente. En su marcha lenta, pero continua, ora dividida en buen número de corrientes, ora reunida en vasto río de bastantes millas de ancho, cubrió primero con una nueva capa la parte superior y árida de la montaña; luego, penetrando en el bosque, hizo estallar en él, para abrirse paso, un inmenso incendio que, durante algunas semanas, oscureció la claridad del día con sus torbellinos de humo, é iluminó con sus siniestros resplandores las tinieblas de la noche. Al salir del bosque invadió,

(1) M. Pablo Fournafond, *Las islas Sandwich*.

quemó y cubrió hasta la altura de muchos metros los pastos, las plantaciones y las cabañas de la vecina campaña, llenando con sus sábanas de fuego el lecho cavernoso de los torrentes, evaporando y secando á su paso las corrientes de agua. Finalmente, al cabo de veinte millas de marcha llegó á las puertas de la hermosa ciudad de Hilo, en donde yo mismo la ví aún no hace dos meses. Algunas semanas más tarde se detuvo súbitamente, en el mismo instante en que los vecinos de la ciudad y del puerto, sobrecogidos de pánico, se disponían á emprender la fuga. Se habian hecho oraciones públicas; pero nuestros superticiosos Kanaques, en vez de tributar gloria al Dios del cielo, han preferido atribuir el feliz acontecimiento á la voluntad de Pelé, la supuesta diosa de los volcanes.»

EFEMÉRIDES.

23 JUNIO 1873.—Fallecimiento en Bangalore del Ilmo. Charbonneau, vicario apostólico del Maissur.

El Ilmo. Luis Estéban Charbonneau nació en La Guerche, diócesis de Rennes, el 18 de marzo de 1806. En 1811 su familia fué á fijarse en Vitré, donde transcurrió su infancia. El párroco de San Martin, prendado de su talento y piedad, le enseñó los elementos de la lengua latina y cultivó los primeros gérmenes de su vocacion sacerdotal. El jóven Charbonneau terminó con éxito sus estudios clásicos en el colegio eclesiástico de Combrée, diócesis de Angers. Desde Combrée pasó al seminario de Angers y fué agregado á esta diócesis.

Hacia mucho tiempo le preocupaba el deseo de consagrarse al apostolado de los infieles, deseo que se convirtió en resolucion definitiva al concluir los estudios teológicos, por lo que ingresó en el seminario de las Misiones extranjeras el 10 de febrero de 1830, siendo á la sazón diácono.

Ordenado sacerdote el 5 de junio siguiente, preparóse en la oracion y el retiro á su vocacion gloriosa, cuando sobrevino la revolucion de julio. En aquellas circunstancias los directores del Seminario creyeron conveniente apresurar la partida de los jóvenes aspirantes á las Misiones, y el 16 de agosto siguiente el reverendo Charbonneau se embarcó en Nantes con muchos compañeros. Estaba destinado á la Mision de Pondichery, que comprendia entonces el inmenso territorio ocupado despues por los vicariatos apostólicos de Pondichery, del Maissur, de Coimbatour, del Maduré y parte del de Madras.

El Rdo. Charbonneau trabajó primero en los distritos cercanos á Pondichery, y particularmente en Karikal, donde es venerada su memoria por todos los cristianos, tanto indígenas como europeos. Despues le encomendaron las poblaciones de raza canara y telegua en el Maissur. La visita y administracion de cristianos era, entonces sobre todo, una obra de suma fatiga, atendido el corto número de obreros apostólicos. Con frecuencia no le bastaban al misionero dos ó tres años para hacer la visita completa de su distrito. El Rdo. Charbonneau puso manos á la obra con celo; aprendió las diversas lenguas de los cristianos indígenas, el tamul, el canara y el telegu, y tambien el inglés, á fin de poder administrar á los soldados católicos irlandeses de las diferentes estaciones militares.

Hacia doce años que el Rdo. Charbonneau trabajaba

así en la Mision de Pondichery, cuando en 1842 el vicario apostólico, Ilmo. Bonnand, le designó á la Santa Sede y lo obtuvo por coadjutor con futura sucesion. La humildad del misionero se asustó ante la responsabilidad de este cargo; rehusó con insistencia y tuvieron que devolverse las bulas á Roma. Empero la Santa Sede consideró esto como una razon más para perseverar en la eleccion que habia hecho; el Rdo. Charbonneau se sometió, y el 30 de junio de 1845 fué consagrado obispo titular de Jassen y coadjutor del vicario apostólico de Pondichery.

Dos años más tarde la Propaganda, á fin de facilitar los progresos de la fe en el Sud de la India, erigia el Maissur en vicariato apostólico, y confiaba al nuevo Obispo el país en que durante mucho tiempo habia trabajado como misionero.

No nos detendremos en hacer aquí la historia del Ilmo. Charbonneau durante los veinte y seis años que fué vicario apostólico del Maissur; su vida tan bien aprovechada puede resumirse en una palabra: cuando fué creado vicario apostólico todo estaba para fundar en la nueva Mision, y al morir la dejó en una situacion floreciente, debida á su propia iniciativa ó á la direccion fecunda que supo dar al celo de sus compañeros.

Desde su llegada á Bangalore fundó un seminario para la formacion del clero indígena: lo instaló primero en su propia casa, y fué durante algun tiempo su único profesor. Hoy la Mision del Maissur cuenta varios sacerdotes indígenas, y el seminario asegura el reclutamiento regular del clero. Al lado del seminario el Ilmo. Charbonneau estableció una imprenta para proporcionar libros á los cristianos, á los misioneros y á los niños de las escuelas. Fué el primer director de aquella, y con ayuda de dos indígenas imprimió un manual de oraciones en lengua canara. Posteriormente han salido de dicha imprenta más de cincuenta obras en canara, en inglés, en telegu, libros de religion y de controversia, diccionarios, gramáticas, etc.

Sabido es que las buenas escuelas, tan necesarias en todas partes, lo son especialmente en los países en que abundan los emisarios de las Sociedades bíblicas, donde los colegios heréticos son un peligro permanente para la fe de los niños católicos. Así es que á pesar de las dificultades y de la falta de recursos, el Ilmo. Charbonneau no dejó de mano el establecerlas. Hoy, para no hablar sino de dos establecimientos, hay en Bangalore, además del seminario y de las escuelas indígenas, un gran colegio inglés para los europeos y descendientes de éstos, y en el convento de las religiosas europeas un pensionado y diversas escuelas graduadas para las jóvenes inglesas é indígenas. El colegio inglés cuenta más de 100 pensionistas, á más de los escolares libres, y corre á cargo, bajo la direccion de un misionero, de los Hermanos de san José, Instituto fundado en Bangalore mismo por el Rdo. Chevalier, provicario de la Mision. Las religiosas europeas, Hermanas del Buen Pastor de Angers, en número de 35, dirigen escuelas, huerfanatos, refugios y una Congregacion de religiosas indígenas.

Para completar el cuadro de las obras del ilustrísimo Charbonneau, tendríamos que hablar aún de las escuelas, catecumenados y hospitales establecidos en diversos puntos de la Mision, contar las numerosas iglesias y capillas erigidas en todas direcciones; en una palabra, hacer el estado detallado del vicariato del

Maissur. Lo que precede basta para demostrar cuán fecundos en frutos de salvacion fueron los trabajos del santo Obispo.

El Ilmo. Charbonneau era de carácter vivo y ardiente, pero con su virtud habia dominado de tal suerte la naturaleza, que fué un modelo de paciencia. Pocos hombres han sabido soportar tan perfectamente la contradiccion. Amaba á sus misioneros con paternal cariño, y todos le estaban sinceramente adictos y le obedecian por afecto filial más bien que por deber. En su título de obispo y de superior no veia sino la obligacion de ser el misionero más activo y laborioso. Cuando iba al distrito de un misionero para administrar la Confirmacion, tomaba sobre sí la mayor parte del trabajo, catequizando, confesando, predicando y juzgando los procesos, y al enfermar alguno de sus sacerdotes, con frecuencia iba á sustituirle en el sagrado ministerio. Los momentos libres los consagraba al estudio: corregia los libros antiguos, componia otros nuevos, y hacia gramáticas y diccionarios para los discípulos del seminario y el clero indígena. La menor pérdida de tiempo que no hubiera notado en un compañero, en sí mismo le parecia, á causa de su responsabilidad de obispo, una falta grave.

En 1861 el Ilmo. Bonnand, vicario apostólico de Pondichery, encargado por el Sumo Pontífice de la visita de los vicariatos apostólicos de la India, murió en Benarés, despues de haber cumplido solamente la mitad de su tarea. El Ilmo. Charbonneau fué nombrado su sucesor en esta funcion tan delicada, y terminó la visita, transmitiendo los resultados á la Santa Sede.

En 1869, cuando se inauguró el Concilio ecuménico, el Ilmo. Charbonneau fué elegido miembro de la Comision para las Misiones y las Iglesias orientales. Su larga experiencia le ponía en estado de cooperar útilmente á la obra del Concilio; pero los acontecimientos no lo permitieron.

Pocos meses despues de la prorogacion del Concilio el Ilmo. Charbonneau regresó á su querida Mision. En vano algunos personajes intentaron retenerle, representándole su edad avanzada, sus enfermedades, los importantes servicios que podria prestar en Europa á la causa de las Misiones, etc. Conocia muy bien las obligaciones de su cargo, y sabia que para un obispo misionero, el primer deber para con Dios y la Iglesia es residir en medio de sus compañeros y neófitos, y tomó el camino de su Mision.

Pero su tarea estaba cumplida, y se acercaba la hora de la recompensa. Apenas regresó á la India, el ilustrísimo Charbonneau fué atacado de las arenas, que durante dos años le hicieron sufrir mucho. Dios le concedió así el medio de purificar su alma más y más y de adquirir nuevos méritos. Soportó su dolencia con resignacion admirable, no preocupándose sino de prepararse á bien morir.

« A primeros de junio, escribe el Rdo. Chevalier, la enfermedad hizo rápidos progresos. S. I. no podia tomar ningun alimento. « La vida del amado Obispo, « decia el médico, es un milagro para mí. »

« El día 22 fué excesivamente penosa para el venerable enfermo. No pudiendo leer el Breviario, lo suplía con el rezo frecuente del Rosario y con continuas oraciones jaculatorias. Por fin, el lunes, 25 de junio, entregó tranquilamente su alma al Señor, sin la menor agonía.

« Advertidos por telégrafo el Ilmo. Fennelly, vicario apostólico de Madras, y el Ilmo. Dépommier, que lo era de Coimbatour, llegaron el miércoles por el ferrocarril.

« Todos los principales personajes de la ciudad asistieron á los funerales, viéndose entre ellos el *commissioner* (1), su asistente, el primer colector, muchos coroneles, todos los oficiales católicos, etc. Protestantes y católicos mostraron el más religioso respeto durante la santa Misa; la compostura de los soldados irlandeses era admirable.

« La ceremonia fué presidida por el Ilmo. Dépommier, que celebró la Misa. Despues de ésta y antes de los cinco responsos el Ilmo. Fennelly hizo el elogio del difunto. Enterrámos el cuerpo de nuestro querido Prelado ante el altar de la santísima Virgen, donde acostumbraba celebrar los santos Misterios.»

NECROLOGÍA.

Montana (Estados-Unidos).—En la Mision de Smet, en medio de los indios Corazon de Lesna, murió el año último, á consecuencia de una enfermedad de corazon, el Rdo. P. Giorda, de la Compañía de Jesús, autor de un diccionario de la lengua de los Cabezas Chatas.

Nacido en el Piamonte el 19 de marzo de 1823, el P. Giorda ejerció brillantemente el profesorado durante trece años en los colegios de la Compañía de Europa, hasta que fué enviado á los Estados-Unidos, nombrándosele en 1858 superior de las Misiones de las Montañas Berroqueñas. Este religioso tenia maravillosa aptitud para las lenguas: hablaba corrientemente los principales idiomas de Europa, y se asimiló en breve los diferentes dialectos de los Piés Negros, de los Narices Horadadas, de los Yakamas, de los Kootenais, de los Gruesos Vientres y de los Cabezas Chatas.

El valiente misionero pasó á mejor vida al cabo de veinte y cuatro años de los más rudos trabajos, llorado de sus indios y de cuantos le habian conocido.

Alto-Zambese (Africa austral).—Una carta del Padre Dejoux, fechada en Quelimane, nos anuncia la muerte del P. Moulinard, de la Compañía de Jesús.

(1) El reino de Maissur, aunque nominalmente bajo la autoridad de su rey indígena, es gobernado por una Comision de oficiales ingleses á cuyo jefe se da el nombre de *Commissioner*. Este es el verdadero gobernador y jefe supremo de la administracion en el Missura.

Este valiente misionero, originario de la diócesis de Marsella, ha sucumbido á los ataques de la fiebre en Teté, á 600 kilómetros de la embocadura del Zambese. Dotado de robusta salud, de extraordinaria facilidad para las lenguas, lleno de generosidad y de valor, no vaciló en adelantarse, con un solo compañero, al puesto más avanzado de esta parte de la Mision. Todo hacia presagiar para él una larga y fructuosa carrera apostólica, cuando fué atacado por las fiebres, agravada en breve por una oftalmia dolorosísima. Los padecimientos, junto con las fatigas y privaciones inseparables de la vida del misionero en aquellos remotos países, arruinaron pronto su salud, y sucumbió á la edad de cuarenta y cuatro años, menos de seis meses despues de su llegada á aquel campo del Padre de familias.

Los infames decretos de la República del 28 de marzo encontraron al P. Moulinard evangelizando los Kabilas. Expulsado del Norte de África y anheloso de dar su vida por la conversión de este país, pidió en seguida la Mision del Zambese, donde ha muerto, siendo el noveno de los intrépidos misioneros de la Compañía de Jesús que en tres años han dado su vida por la conversión del África del Sur.

Canadá.—Un periódico de América anuncia el fallecimiento del ilustrísimo Pinsonneault.

El venerable Prelado era originario del Canadá, é hizo los estudios teológicos y recibió el presbiterado en París el año 1840. De regreso á América ejerció el santo ministerio en Montreal, y en 1856 fué nombrado primer obispo de London: consagrado el 8 de

mayo, tomó posesion de su catedral el 29 de junio. «Recuérdase aún, dice el *Catholic Record*, la solemnidad imponente de aquel día para siempre memorable, que abrió una era de prosperidad para el Catolicismo en el Ontario occidental. En el número de los Prelados que, con su presencia en la ceremonia, quisieron dar al ilustrísimo Pinsonneault un testimonio de su fraternal simpatía, notóse el Ilmo. de Charbonnel.»

En 1859 la sede de London fué transferida á Sandwich, y el Ilmo. Pinsonneault residió en esta última ciudad por espacio de seis años. En 1865 dió su dimision y vivió despues en el retiro. Una larga y dolorosa enfermedad lo arrebató el 30 de enero último, á la edad de sesenta y ocho años.



A. G. Charbonneau
Evêque de Jassin V. P. du Nord

